

Brecha

AÑO 3

-:-

ARTES

-:-

NOVIEMBRE DE 1958

-:-

LETRAS

-:-

Nº 3

Secretario del Consejo de Redacción: Arturo Echeverría Loría — Teléf. 5640 - Apdo. 1157 - San José, Costa Rica

Edita: BRECHA Ltda. — "ES EL ARTE EL QUE VENDE EL ESPACIO Y EL TIEMPO".—Rubén Darío — Precio: ₡ 1.25

Luis Dael, pintor

Por Arturo Echeverría Loría

Entre la nueva generación de cultores de las artes plásticas se destaca un nombre que ya tiene propia personalidad adquirida en la ejecución de trabajos, en que el dominio del oficio y la imaginación creadora corren parejos: me refiero a Luis Dael, el pintor.

Es en verdad reducida su producción; pero ya se nota en ella la madurez que se adquiere en la lucha cotidiana por buscarse en la expresión pictórica, por darse en plenitud de aventura en la línea y el color.

Dael es un intérprete fiel de su destino como artista; su condición de luchador lo coloca entre los más aventajados de los "nuevos" que exigen de la vida una respuesta; que demandan su propia interpretación al gran problema humano y a su propio y pequeño problema personal, que universalizan en su creación artística. ¿Para qué acercarse a la obra de arte con un criterio de técnico, si lo que hay que buscar en ella es el problema humano y personal, que la hace eterna, que la resguarda del olvido?



La técnica necesaria como es, no da por sí sola validez de eternidad a la obra; es un complemento a la emoción creadora. Así, en el decurso de la vida, entre la piedra del camino y la nube en flor, una emoción se plasma, se concreta en la voz, en la mirada, en la mano que conduce el lápiz; y lo ejecutado, llega a ser una obra de arte.

Dael ha comprendido su alta misión de trabajador y su sencilla vida se refleja en su obra. Sin grandes complicaciones, diáfana, siempre inte-

rogante, no pierde esa interrogación al misterio que la hace valiosa, interesante, inquisidora de vida, de pasión, de olvidos y silencios.

Es su acuarela construida dentro del paisaje, viva y transparente, con luces y colores tranquilos, de cristal, sin estridencias, hay cielos verdaderamente profundos en azules y verdes, en gamas tan inquietas, tan penetrantes de frescura que no ciegan ni adormecen, sino que mitigan la luz que se desprende de su cielo. En fin, hay contrastes

que exaltan, reafirman el paisaje, lo hacen vital, intenso, y fluido como el agua.

Dael, a mejor pincel o fino lápiz, rinde su colorido, que es su paleta bien balanceada, surtida en su gama de arco iris prisionero en sus manchas macizas como pequeños montículos de arena.

El retrato, sobrio en sus colores, lo trata Dael sin complicaciones mayores que las que le va exigiendo el modelo, siempre una complicación quemante para el artista que busca interpretar su vida interior y su forma.

Lo he visto frente al lienzo, buscando el equilibrio de la pintura, tratando de darle ánimo al dibujo y con los colores, armonías poéticas de raras calidades. Si proyectamos la voz poética al óleo o a la acuarela o al misterio del dibujo, encontramos que ésta plenamente responde a su llamado, y el nombre o las palabras cobran la rara fuerza de la sugerencia, la rara visión de las cosas que quiere interpretar y a las que el pin-

Dos páginas de don Joaquín García Monge

Como un testimonio de la gratitud nacional, erigióse un día este Monumento a los inmortales que en los gloriosos del 56 estuvieron resueltos a no consentir opresiones extrañas en tierras de Centro América, a vivir y a hablar por su cuenta y riesgo, en su propio nombre, de conformidad con las altas normas y el ejemplo de los augustos fundadores de estas patrias (1). Lo erigieron los mayores para perpetuar en el bronce las inclitas hazañas de los elegidos y con ello inscribir excelentemente la perdurable lección que sirviera de ejemplo y estímulo a las futuras generaciones. Que los pueblos previsores y magnánimos recurren a los mármoles y a los bronces para simbolizar en ellos

fechas memorables, y así ponerlas a salvo de olvidos o injusticias o como columnas miliares a lo largo de la vía, para recordarles a los que vienen que no son hijos de las peñas, que tienen precursores abnegados e ilustres y una tradición estimable que conocer, respetar y proseguir.

A estos monumentos se concurre en horas solemnes como la presente, a renovar la fe en los destinos de la Patria, a buscar inspiración y luces, enseñanzas y estímulos para continuar la ruta emprendida, en alto la cabeza y regocijado el corazón.

Lo erigieron los mayores para enseñarnos cómo se defiende con fiereza el suelo na-

tivo, que da el sustento y la libertad; cómo es bueno morir, y se sabe morir sin cobardías, por causas dignas, cuando la injusticia y la opresión amenazan el decoro de la Patria; cómo pelean con audacia los pueblos que quieren darse patria, patria grande, y libertad; no en el aislamiento sino juntos, unos en las horas de peligro, unos en las esperanzas y los regocijos, unos en las tendencias hacia ulteriores y más halagüeñas realidades. Ayer los cinco pueblos de Centro América, mañana todos los del Continente hispano; porque vamos hacia la América una, según la trayectoria espiritual que los homagnos y videntes de estas patrias nos han descrito y que sólo cierta ceguera

nos impide verla. Con lo que también quisieron enseñaron que la patria es obra de concordia, y cooperación y simpatía, que los hijos unidos hacen la patria superior con que los buenos soñaron. Con lo cual también quisieron decirnos que las guerras intestinas conspiran contra la integridad moral y territorial de la Patria y les abren la puerta a los extraños, que se aprovechan de nuestras debilidades y rencores; que nada es más funesto para una comunidad que las oligarquías vanidosas y ambiciosillas que convierten el gobierno en un bien privado y no en lo que debe ser, un bien público; y anteponen sus egoísmos repugnantes y sin escrúpulos a la suerte misma de la Patria. Con lo que también se indica a vuestros profesores que el risueño ideal de servicio, de ser útil a los demás, de cooperar, es la primera de las lecciones morales que ellos deben daros, jóvenes estudiantes.

Lo erigieron los mayores para advertirnos que la libertad hay que conquistarla y reconquistarla continuamente, que sólo se pierden los pueblos que se cansan de ser libres; porque si importa saber cómo fuimos libres, importa más saber cómo conservarnos libres, cómo mantener en asta firme la enseña de los libertadores: el problema que ellos

for ha podido llegar con la calidad silenciosa de su arte.

Hay espacios que una sola pincelada reaniman o matan. Hay manchas o líneas que dan profundas sensaciones: unas llegan hasta la íntima alegría; otras, al silencio de la muerte, a la honda angustia que todo lo contiene en su callada voz, que sin nombrar, nombra, que sin llamar, llama. Es este el milagro, la magia de las artes plásticas, en las que Luis Dael se ha encontrado y sentido como río de formas y colores, con remansos y torrentes, con playas y acarillados.

Hemos visto su óleo, el "Bautizo", sus paisajes y re-

tratos, sus dibujos, íntimos como la sangre misma, recatados y solitarios dibujos que se guardan y son reveladores del alma del pintor. Nada como llegar a su pintura, sin tropiezos "técnicos", no a juzgarla: a gustarla o degustarla en la soledad de una tarde de invierno. Nada como llegar a su obra de arte sin pedanterías, como es Luis Dael, entero y pleno en su vocación de artista pintor. No importan las escuelas: lo que importa es el hombre, el intérprete, es decir, la condición humana.

Si se llega al abstraccionismo, o a cualquiera de los ismos que imperan o que han imperado en estas post-guerras tan dolorosas, con verda-

dera unción artística, con plenitud de verdad; sin sofisticadas posturas, dándose en plenitud, la obra se salva y, al salvarse, salva a su creador, lo redime del pecado original, de su osadía de hacer de la nada una obra de arte, de una idea vaga como la nebulosa, una obra tangible en su estructura, enmarcada, valorizada por su mismo intrínseco valor, con vida propia como una criatura de Dios, de barro deleznable, impura, pero que modela un seno y muestra la eterna belleza de todo lo creado para crear y darse en la obra sin tapujos, con sinceridad, con alma.

Andre Maraux nos muestra en su "Museo Imaginario" la

trayectoria en que las formas fueron tomando vida propia como en la que la sonrisa llena toda una época artística y por Bizancio pasa a Roma, y sus múltiples evoluciones que son las de la humanidad entera. Así las artes en lo particular como en lo universal, influyen sobre la vida de los hombres, y es por eso su señal de eternidad, su huella limpia en todas sus manifestaciones, llámense por "ismos" clásicos o modernos. Dael lucha en ese medio, entre el misterio y la sombra, confiando en su poder creativo que lo hace ser humano, intenso en plenitud de comprensión a la forma y al color con que se da en su creación de arte.

resolvieron en el 56, sigue siendo nuestro problema. Para advertirnos que no basta haber heredado de nuestros abuelos la tierra que fue de ellos, sino conservar y cuidar la que será de nuestros hijos; porque los viejos supieron que uno de los ineludibles deberes del hombre y del ciudadano es la conservación, a todo trance, del suelo nativo; sin él no hay libertad económica y sin ésta no hay soberanía posible. La tierra es la que sustenta a hombres libres. Los pueblos que venden sus tierras porque ya no quieren, no pueden o no saben cultivarlas con estudio y cariño, de propietarios se tornan inquilinos. Es digna de una lápida esta previsora y saludable advertencia del profeta Martí a sus pueblos de América: **El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.**

Enseña el Monumento que Centro América y América

entera, abiertas a los intereses de la civilización occidental, no se alzaron de las aguas para convertirse en factorías de los pueblos mercaderes y codiciosos, sino en tierras de libertad para humanidades ansiosas de mejorar su vida y no tan sólo de hacer negocios más o menos lucrativos, o de explotar nuestros recursos naturales; para gentes que vengan a construir sinceramente la patria de la nueva cultura, del hombre nuevo, q' funda su prestigio y su decoro en vivir según las imperecederas normas de la justicia, la libertad, la belleza y la verdad.

Este Monumento rememora sucesos que le dan a Costa Rica, a Centro América, un sentido internacional en el Continente; que dicen cómo en días inolvidables los nuestros hablaron en su historia de pueblos pequeños y se crearon la conciencia de un cargo que cumplir en los destinos de nuestra América. Porque el buen suceso de la lucha contra el plan siniestro de Walker y de los mercaderes a

él asociados, —si es que fue el de convertir a Centro América en una agencia de esclavos negros— en cierto modo desvió la iniquidad, que al extenderse, habría degradado a nuestra América, destinada por la Historia a empresas superiores de cultura. No se hizo la América para traficantes de esclavos.

Como se ve, no están desligados los sucesos históricos, que los pueblos chicos influyen a su vez en la suerte de los mayores. Sintamos, por lo mismo, la conciencia superior, conciencia de que se tiene una función y un valor, de que como hombres y como pueblos, hemos venido a este mundo a hacer algo que valga la pena. No en balde se dan patria los hombres, que se la dan para crear y crecer. Se habla de una conciencia nacional: pues bien, nada más difícil de adquirir que eso, q' es mucho más que los meros instintos territoriales de un pueblo. Afortunados los países que en los fastos de sus progenitores, los nuevos hallan qué admirar e imitar. De

tal admiración consciente les brota de las entrañas como un manantial de fuerzas espirituales fecundas que los hace verse más altos. En cambio, qué estéril y qué triste es la vida de los pueblos que padecen incuria, que ignoran lo q' valieron sus precursores, que apenas si se dan cuenta de la indiferencia que va apagando en ellos sus ideales y entusiasmos. Se esculpieron en bronce las hazañas de los héroes, para declararnos una vez por todas que el pretérito debe conocerse y amarse, porque expresa una tradición que nos vincula con la Patria que hicieron los egregios finados de la familia; para declararnos que hay que oír la voz de los próceres, voz de la Historia, que guía a estas patrias por caminos mejores y más claros: que marchan sin brújula, y andan como a tientas, y están como perdidos, los países que no apoyan un pie en la tradición, que no consultan el testimonio autorizado de los mayores que más supieron de los negocios de sus pueblos, y los amaron, y por mejorarlos se desvelaron. El Monumento

Librería ANTONIO LEHMANN

En su departamento Especializado

OFRECE:

Nuevo Diccionario MEDICO Larousse

Para conocer y conocerse:

El "NUEVO DICCIONARIO MEDICO LAROUSSE" refleja exactamente el estado actual de la ciencia médica; reúne en artículos separados de fácil consulta una enorme suma de conocimientos de anatomía, patología, terapéutica, cirugía, psiquiatría, medicina social, obstetricia, anestesia, endocrinología, dietética, toxicología, etc.

Expone detalladamente para el público culto los más recientes progresos.

Su novedoso suplemento anatómico de láminas transparentes superpuestas permite adquirir un conocimiento sólido de la ubicación y relaciones de nuestros órganos.

Profusamente ilustrado con fotografías fieles y explícitas, y aclarado por figuras demostrativas, constituye un inapreciable instrumento de cultura que, con la misma exactitud, pero sin el tedio y la aridez de los textos especializados, permite saber bien y de inmediato todo cuanto se refiere al funcionamiento de los órganos y la salud del cuerpo humano.

nos enseña lo que vale para una nación el espíritu previsor y vigilante de su Primer Magistrado y de cuán incalculables son los males de un pueblo que mira con indiferencia su suerte. Como también nos dice que no debemos desesperar nunca, porque en las horas tenebrosas e inciertas los pueblos tienen el gobernante oportuno que les hacía falta.

Enseña el Monumento que las leyes morales se cumplen inexorablemente y que no deben ser ultrajados los pueblos chicos por ser chicos; que también los poderosos se tambalean cuando fundan sus relaciones con los demás en el atropello y la injusticia. Y anticipándose en medio siglo a la reciente guerra europea, proclama que los pueblos pequeños, si son dignos, si no son serviles, si son ilustrados y laboriosos, también tienen derecho a ser libres como los grandes, y que si hay un coraje sagrado es el de los pueblos que se yerguen como un solo hombre en defensa de sus más caras libertades. Por eso ved, sentid vosotros, oh jóvenes, como un soplo de tempestad que agita las figuras del Monumento: es el ademán como de fuerzas de la naturaleza de pueblos nuevos en marcha, que aún empuñan la lanza porque todavía aletean en la sombra los genios del Mal y de la Perdición; que ya no brilla la codicia conquista-

dora en la punta de las bayonetas sino en el disco de las áureas monedas. Si es sumamente grave que aventureros extraños se atrevan a comprar la patria, lo sería mucho más e ignominioso, que hijos del país de bruces se la vendieran. Conmoveos, pues, con esa resolución que se les ve a las esculturas de vencer y de ser libres; se yerguen a paso de victoria, antes y hoy, y mañana también. Jóvenes estudiantes, ¡si lo que aguardan estos sacros bronces y los sucesos que rememoran, es el cantor inspirado, que los materiales del poema inédito y las proporciones homéricas de los héroes y de las hazañas, ahí están ante vuestro amor y curiosidad!

El Monumento es simbólico y en ello, su valor espiritual permanente. Dice de la actitud vigilante y defensiva contra los enemigos malos de la Patria, contra los exteriores que la amenazaron un día, y pueden amenazarla, pero también contra los internos que la amenazan a todas horas. La Costa Rica de nuestros padres expulsó del suelo materno al filibustero calculista e inescrupuloso, pero la de nuestros días tiene que sacarse del alma la concupiscencia, la codicia del oro —en muchos ciudadanos— adquirido por medios fáciles o ilícitos; la pasión del lujo, y la frivolidad —en muchos ciudadanos—;

las cuantiosas deudas públicas y privadas, de lo que son escuela; la indiferencia por lo propio, la pereza, el alcoholismo, las enfermedades sociales y las discordias civiles, enemigos más terribles e implacables que los aventureros extraños; imponerse —como lo está haciendo la madre España— la disciplina creadora, constructora, del trabajo, del ahorro y del estudio, hasta hacerse digno de los progenitores en aspiraciones y realizaciones.

Es símbolo el Monumento y habla de batallas que soldados de Costa Rica, a toda hora pronta al sacrificio y al servicio, dieron por la libertad y la justicia; y habla de sucesos que aleccionan a un pueblo para que empuñe la lanza cuando las empresas libertadoras y justicieras lo requieren no más; y habla también de cómo los muertos ilustres cuyas hazañas rememora no están muertos, sino que han de revivir con sus enseñanzas y ejemplos, en la conciencia de sus conciudadanos: como guías en las nuevas batallas, que son las que ganemos nosotros por la nueva cultura, en su nombre y en el de la Patria. Que si en la guerra memorable Costa Rica iba a la vanguardia, en la paz vaya también, por la sensatez, por el espíritu previsor, liberal y progresista de sus hombres y mujeres dirigentes.

Es un símbolo el Monumento y en él se yerguen altivas e indignadas las patrias luchadoras de ayer, esculpidas en forma de mujeres para enseñarnos, oh señoritas —tantas señoritas como aquí veo—, q' vosotras sois la Patria misma, que haréis sana y fuerte en los niños venideros, y formaréis honrada y pulcra, si ese es vuestro ideal y resolución inquebrantables, si para ello en verdad os han educado. Jurad al pie del Monumento Nacional, con la conciencia de que sois las mantenedoras y salvadoras de la Patria, de q' ésta se redime si a vosotras se redime, de que a ella se ofende, si a vosotras se ofende, de que la envilecen los que os envilezcan: jurad que de vuestros regazos saldrá la Patria nueva, sencilla, sin ostentaciones, estudiosa, laboriosa y previsor, preocupada cordialmente de sus sementeras y de sus niños. Que al fin de cuentas, jóvenes estudiantes, al corazón, a las entrañas mismas de la Patria con las mujeres se llega, y sin ellas, al trastorno, la disolución y la muerte.

1921.

(1) Según Mr. Soulé, agente de Walker en Nueva Orleans, el bucanero yanqui se proponía consolidar en una República anglo-sajona las cinco de Centro América y con capitalistas norteamericanos, dominar la ruta interoceánica de Nicaragua: cosa que en parte a estas horas ya lo han logrado.

El trompo y la rayuela

Un aguacero con viento caía aquella tarde.

Los chicos de la escuela, media hora antes, habían salido de sus clases y algunos al abrigo de un portalejo, como agrupación de pollitos, se hallaban en corrillo.

Unos con el bulto debajo del brazo, otros colgándole del cuello y todos a voces inte-

rrumpidas, pedían de rato en rato a Dios que acabase con aquel mundo de agua, y así poder divertirse antes de la oración.

—¡Cómo estarán los barbudos en la zanjilla de los Chiles, hoy que ha tronado tanto! —dijo Pedrules, reconocido entre ellos por sus portes y astucias,

—Y de veras, añadió Zoncho, el hijo del sacristán, pues dice tática que cuando en el cielo suena "La Vieja de los Cueros", los barbudos revientan que es un gusto.

Este era el tema de su charla y en el semblante de los niños se advertía el deseo de ir a la pesca; mas un nubarrón que descendía lento

sobre la colina acabó con tales esperanzas.

Hechas mil conjeturas, propuso Pedrules a sus camaradas que pondría un trompo a la rayuela apenas se concluyera la impetuosa lluvia. Aquí se dio punto final a la conversación: los escolares, al ruido lejano de un trueno, echaron a correr cantando:

**San Isidro Labrador
quita el agua pon el sol.**

Cuando Pedrules llegó a su casa, apeó de una solera las palmas que el cura le había dado el Domingo de Ramos y las puso en una cazoleja llena de brasas, obedeciendo así a la creencia popular de que esto calma las tormentas. En seguida se afanó por buscar en la gaveta un par de trom-

Una página de Guillermo Vargas

EL EDITOR DE LA COLECCIÓN ARIEL, profesor don Joaquín García Monge, ha dirigido una circular a los escritores nacionales anunciándoles que desea contribuir a la conmemoración costarricense del tercer centenario de la muerte de Cervantes, con un número especial de su publicación, dedicado exclusivamente al admirable escritor, y que ese número aparecerá el día 15 del próximo mes de abril.

“Queremos —dice— que en dicho número se manifieste —por sus más distinguidos representantes— el pensamiento costarricense en lo que se refiere a la prodigiosa obra cervantina. No pedimos monografías eruditas, ni pretendemos que se añada algo nuevo a la exégesis sabia de los libros de Cervantes. Queremos tan sólo la expresión sincera de impresiones, puntos de vista, acotaciones, recuerdos personales, sugerencias, juicios, etc. lo que la obra cervantina le haya inspirado a Ud”.

Si el homenaje que se proyecta es digno del más sincero y efusivo aplauso, por el

alto fin de su realización, no lo es menos por la forma sencilla y discreta que con su palabra siempre modesta y eficaz, plantea el incansable EDITOR de la Colección Ariel en el párrafo preinserto, estimulando el asentimiento de los colaboradores cuyo esfuerzo solicita para cumplir su levantado propósito.

En verdad, sería penoso que la mentalidad nacional no se asociara a la nueva glorificación hispano-americana del ilustre autor del *Quijote*; pero sería solemnemente ridículo, lo confesamos, con ingenuidad, que se sustrajeran a ese movimiento intelectual nuestros publicistas habituales, por la errada creencia de que, en esa clase de disciplinas, sólo se deben acometer obras de magnitud, que deslumbren académicamente y que eclipsen los trabajos de otros que pasaron antes por el mismo surco literario; pues de ser esto así, estarían cerrados ya hace tiempo, con muralla de acerc, muchos de los campos de especulación del espíritu donde transitó el genio, donde discurrieron almas selectas y singulares que legaron a la

posteridad los tesoros de su inteligencia en vasos de perfección.

Es claro que tal vez no haya un solo escritor de Costa Rica suficientemente preparado en la actualidad, para pretender superar algunos de los grandes estudios universales que se han hecho sobre la personalidad íntima y sobre los libros de Miguel de Cervantes Saavedra; pero ninguno de aquellos podría sustentar en esa excusa inválida, su retraimiento de hoy, en relación con la generosa iniciativa del Profesor García Monge, porque el proyecto de este educador insigne, en el molde amplio en que está concebido, les abre camino a todos para manifestar sus juicios e impresiones acerca de la obra cervantina. Esperamos, por lo mismo, que la autorizada voz que clama por nuestra cooperación en el homenaje de que se trata, no se pierda en el desierto de nuestra indiferencia.

ACUDE AHORA A LA MEMORIA una reminiscencia

pos y se alejó canturreando muy quedo:

**¡Animas benditas!
¡que se acabe el aguacero!**

Era la calleja de los “Carbunclos” muy plana, limpia de yerbas y el sitio preferido por los chicos de la villa para sus juegos de guápiles en enero, camándulas en el verano, nenos y trompos en el invierno, y allí estaban tres horas más tarde, con su bullicio habitual, sentados en cuclillas sobre el suelo ya enjuto, trazando con una cuerda de hilo un círculo de dos varas de ra-

dic.

El trompo que puso Pedrúles fue comprado al pulpero de la esquina: se veía nuevo, con sus franjas de colores, su puyón a propósito para los secos y su cabeza con tachuela amarilla. El Zoncho, animado por el deseo de ser el poseedor de tal juguete, siempre que lo sacase tres veces del límite fijado, y como el primero en todo, gritó mojado antes el puyón de su mona de guayabo roncadora y famosa por los cinco que había sacado a la rayuela: —¡Aquí va, mírenlo ajuera! En efecto, le dio tan acertado golpe, que el

apetecido trompo saltó a larga distancia. Los muchachillos entusiasmados, siguieron lloviendo tiros sobre el trompo de Pedrúles.

A poco, Candelilla notó con dolor que el suyo no salía del círculo. Sus compañeros se reían con esa satisfacción que nace del ver la poca fortuna del vecino. Candelilla no quería desprenderse de su juguete que ya casi pasaba a los dominios de Pedrúles.

De pronto se le ocurrió un ardid y exclamó: —Campo, amigos, campo. Tal vez, si quiere, el güillillo sale de la li-

que, por asociación de ideas, se nos representa nítidamente en la placa cerebral. En cierta oportunidad acompañamos casualmente a un viejo y respetado amigo en un largo camino campestre, que él tenía que hacer de modo obligado muchas veces en el año para ir a ver su finca distante de la capital, en donde disfrutaba de todos los halagos de la existencia. Nuestras cabalgaduras marchaban al paso; era la hora precisa del crepúsculo vespertino, poéticamente maravilloso en un ambiente de silencio y de profunda paz. La conversación de los dos viajeros resultaba grata y reconfortante; porque nada tan plácido como el contacto de dos almas tranquilas que departen serenamente sobre las cosas de la vida, sin interpolaciones mezquinas que atenan al suelo, con nudos de egoísmo o pasión, el vuelo libre del pensamiento. Aquel hombre serio y adusto era, sin embargo, pesimista; y evocaba a cada paso el caudal de su experiencia y la historia de sus luchas, para desvanecer a su conjuro, muchos de nuestros entusiasmos juveniles, que se sentían invencibles bajo la caricia de la luz amortiguada y secreta del cielo plenamente azul y del oro suave de la tarde que bañaba las frondas estremecidas por hálitos de amorosa fecundidad. Poníamos frente al cuadro dantesco en que se extasiaba mentalmente la mirada triste de nuestro austero interlocutor, el espléndido panorama de la naturaleza, en que dejábamos vagar el espíritu como alegre pájaro

nea. Y apartándolos, se inclinó ligeramente, alzó la vista hacia su casa y echando mano a su trompo arrancó veloz como un cohete.

Cuando estuvo al amparo de su familia, fatigado por la carrera, creyó sentir aún los jocotazos que por las orejas y cabeza le midieron sus camaradas. Asomóse a la ventana y observó que los chicos a lo lejos le hacían los puños y le prometían tamaños mojicones para la mañana siguiente, y así concluyó aquella tarde el juego a la rayuela.

7 de diciembre de 1899.

degrachador de trinos y de gráciles revoloteos en horas de triunfante primavera. Fue tan clara y tan fuerte y tan bella nuestra óptima visión de la vida bienamada, que logramos arrebatarnos por un instante el alma compañera y atráerla magnéticamente a contemplar las raras pedrerías y los ricos damascos y los perfumes de Oriente y los claveles encendidos que desde hacia rato estábamos depositando, como una ofrenda amable y sencilla, al pie de los dolorosos mármoles de su necrópolis espiritual y de pronto... DE PRONTO, A LA VERA del camino, apareció un árbol magnífico, erguido en la llanura poblada de sombras, con el ramaje totalmente cubierto de flores nuevas, sobre cuyas corolas la noche destellaba con sus primeros besos cambiantes tales, que parecían el reflejo momentáneo de una invisible y sedosa cabellera negra sobre una temblante sarta de perlas en un estuche de terciopelo verde marino.

"Nunca —nos dijo con voz unciosa el viejo amigo— nunca vieron mis ojos en tiempo alguno, un árbol de hermosura semejante: es un prodigio de belleza".

"Es ese un caso extraordinario, —le replicamos: porque ese árbol existe allí mismo hace ya muchos años y ha florecido siempre en la época propicia; y tal vez cuando éramos niños, ya resplandecía periódicamente su blancura en esos campos admirables y quizás cuando ya descansamos en la muerte, ha de seguir lanzando su lluvia de pétalos olorosos, que el viento arrastrará a lo lejos en fugitivas espirales. De seguro que usted ha mirado siempre ese lindo árbol; pero hasta ahora no lo había visto. Así en la vida: miramos y no vemos: tenéis ojos y no véis, como decía el Divino Maestro. Y cuántas veces pasamos junto a la belleza, junto a la verdad, junto al bien, como sonámbulos irredimibles, sin adivinar, sin presentir, sin comprender! Es porque nos empeñamos en que nuestras almas sean cejijuntas, cuando nacieron para ser poderosamente visionarias; es porque mecanizamos al espíritu, haciéndolo moverse en un arco de hierro a estrechos compases rectilíneos, como un

autómata de cuerda, como un reloj de eterna repetición, y nos ciegan a tal punto nuestras pobres pequenezes, nuestras luchas diarias, nuestras vanas miserias pasionales, que pasamos a cada rato cerca de la bella naturaleza y cerca de la bondad de las almas, sin volver a ver, mejor dicho sin poder ver. No, no andemos con la vista gacha como infelices precitos; levantémosla a todas horas, porque, de lo contrario, sólo hemos de contemplar las piedras del camino y no las flores de los árboles circundantes. Ese gesto se llama optimismo y el optimismo es la única fórmula de comprensión de los destinos humanos. El airón formidable de nuestros espíritus debe flotar siempre libremente a todos los vientos, como ala de cóndor al través del huracán. Si así fuera por ley imprescriptible, ya viviría desde hace siglos la humanidad bajo el suspirado reino del amor..."

Y mentalmente saludamos al viejo árbol florecido, con fraternal saludo del corazón, mientras chocaba en las piedras la herradura pesada de las bestias.

TAMBIEN LOS LIBROS SON caminos, en los cuales las almas son los viajeros. Y cuán estérilmente recorren esas sendas de sabiduría tantas gentes inflexibles, que llegan al final del viaje sin haber visto nada. . .

Volvemos a tomar en la mano el hilo de nuestro presente artículo, para sostener que ningún inteligente escritor costarricense podrá decir en ocasión del Centenario de la muerte de Cervantes, que no puede expresar algo que valga la pena acerca de la obra de este inmortal genio de la raza. Bastará haber leído una vez siquiera las aventuras del hidalgo caballero Don Quijote de la Mancha, para encontrar sin demora el tema de una comunicación interesante del espíritu sobre esa biblia de nuestra lengua y de nuestra raza, que continúa siendo en filosofía y letras, y será hasta la consumación de los siglos, una de las pocas obras de arte de la humanidad. Ayudemos, pues, con todo empeño, la empresa del Profesor García Monge, que es, como todas las suyas, de alta cultura patria; y que no

se diga, en el concierto hispano-americano que va a unir una vez más la razón de nuestros pueblos, que no pudimos nosotros celebrar dignamente la memoria del gran Cervantes, alma de nuestra alma y gloria secular de nuestro idioma, a causa de que si acaso trajinamos en algún momento de la vida en su floresta colosal, no quedan por acá de ese

viaje taumatúrgico, en nuestras mentes, otros ecos que los del trotecillo perruno de los flacos rocinantes en que cabalgamos, sin contemplar en éxtasis los prodigios de la maravillosa vegetación del ingenio cervantino.

(Tomado de "La Información" de 23 de enero de 1916 y reproducido de "El Noticiero" de diciembre de 1957.)

HACIENDO CULTURA DESDE 1808

(Tomado de la Página Literaria de la "Prensa Libre")

Hace pocos días cumplió siglo y medio de vida la Casa Editora Lehmann-Duemmler, es decir: en 1808 comenzó a alumbrar en el mundo un foco cultural bajo el nombre Editorial Duemmler en Berlín; siendo unos de sus primeros libros los poemarios de von Kleist y de la Motte Fouqué, poesía libertaria la de ellos, de protesta contra Napoleón.

Entre los muchos autores de Duemmler se destacan Clemens Brentano, August Wilhelm Schlegel, Johann Gottlieb Fichte, von Chamisso, E. T. W. Hoffmann, Alexander von Humboldt, Carl von Clausewitz, Jacob y Wilhelm Grimm (autores de los Cuentos de Grimm), etc.

A fines del siglo pasado llega a Costa Rica acompañando a Monseñor Schumacher, quien fuera expulsado de la República de Ecuador, la que por aquellos días se encontraba convulsionada por las guerras civiles, don Antonio Lehmann, quien fundó —siguiendo la tradición familiar— una Librería y Editorial en 1896, en San José. A su llegada el señor Lehmann ya sabía de nuestra patria, pues en las prensas familiares vieron luz en 1850 los trabajos de von Bülow.

Ciento cincuenta años publicando en Alemania, sobreviviendo a las guerras, 62 años en Costa Rica, ayudando a su cultura.

De las prensas de Lehmann han salido miles de libros cuyos autores han logrado alcanzar la fama: Fernández Guardia, Obregón Loria, Dobles Segreda, Brenes Córdoba, etc.

Lehmann, es la tradición de una familia dedicada por entero a la difusión de la cultura.

Llegue a los señores Lehmann un afectuoso saludo de congratulación por tan señalado suceso y el deseo de prosperidad en sus tareas editoriales.

Nota: — El actual Encargado de Negocios a. i. es el Honorable Sr. Hans von Bülow, bisnieto del gran científico alemán.

Salvador Jiménez-Cano S.S.

"El Cuadro Tridimensional"

Por Manuel de la Cruz González

(El cuadro objeto)

EL RELIEVE, que secularmente perteneció al campo de la escultura, ha venido a convertirse en nuestros días, en virtud de la ampliación de los conceptos estéticos operada por el NEOPLASTICISMO, en fértil campo pictórico.

La reducción del volumen escultórico ha producido el CUADRO TRIDIMENSIONAL U OBJETO CUADRO, que opone a la prestidigitación mórbida del CLARO-OSCURO renacentista y a los prodigios ilusorios de la PERSPECTIVA, una realidad constante, una verdadera tercera dimensión de formas y colores que rima de manera efectiva con los fines artísticos y el culto por la verdad que caracteriza nuestra época, conquistando para la pintura un nuevo e insospechado medio de expresión de valor incalculable.

El sabio postulado de KANDINSKY: "El arte no debe ser más un vago y relativo reflejo de la vida, sino UN TROZO PALPITANTE DE LA VIDA MISMA QUE EVIDENCIE LA VIDA INTERIOR DE LOS CREADORES; SU NECESIDAD ESPIRITUAL VERDADERA Y SIMPLE", cuaja en óptimos frutos de renovaciones sublimes y perdurables. La antigua simulación fastuosa, cede su sitio a la realidad auténtica.

La superposición de una composición rigurosamente geométrica, —solo la geometría realiza cabalmente el con-

cepto—, a otro u otros planos concebidos matemática o intuitivamente, coloreados o no, crean un nuevo objeto plástico espacial plano de características más cercanas a la pintura que a la escultura. Es el rebajamiento de la escultura que se proyecta en una nueva dimensión propia.

La ubicación inmediata de estas obras dentro de la arquitectura, lo dota de un verdadero sentido social que se proyecta hacia lo universal.

Al mismo tiempo, la nitidez esencial de sus formas, la claridad vibrante de sus colores purísimos, el encanto orgánico de sus texturas, las convierten en sinceras obras de arte, autónoma, sin resabios decorativos sine integrantes y en constante reintegración cósmica.

La liberación planimétrica, esencialmente pictórica, que no invade los predios de la escultura cuyas soluciones espaciales responden a conceptos puramente escultóricos y por un tanto diferentes, significa no solamente un nuevo ámbito expresivo, sino una singular conquista de nuestra época.

Los materiales empleados en estas concepciones son diversos: madera, plexiglass, vidrio, láminas o mallas de metal, fibras plásticas, materias orgánicas, —que las emparentan con los "collages"—, dotan a las obras de un penetrante sentido de actualidad.

El concepto formal, sin abandonar su insoslayable vínculo geométrico, varía con los diferentes cultores: composiciones polimorfos libres, líneas rectas u ortogonales, curvas o combinadas, agrupan las formas de una manera también personalísima que oscila de lo puramente plano, ARP, BLOC, a lo casi escultórico o constructivo como en el caso de SCHOFFER.

Como lógicamente corresponde a un concepto de valor universal, los cultores de esa modalidad no se encuentran relegados a un punto ni atados a una geografía. Los efluvios benéficos y positivos agrupan a artistas de todo el mundo. Desde que VANTOGERLOO procedente de "STIJL", presentara sus primeras experiencias en su tríptico de 1921, muchos valiosos nombres se han sumado a ella. Entre los más sobresalientes, citados más o menos cronológicamente, encontramos a GORIN, DOMELA, BUCHHEISTER, BEN NICHOLSON, ANDRE BLOC, DELUNAY, SOPHIE TAEUBER, ARP, PEVSNER, GABO, BALLA MARTIN, MOHOLEY-NAGY, SCHOFFER, JACOBSEN, VEZELAY, PASMORE, etc.

Por lo general las gentes desconfían de lo que no conocen. Esto pareciera ser natural. Lo que parece serlo mucho es el empeño de cierta crítica a aferrarse obstinadamente a conceptos caducos, q' por serlo, limitan el proceder

tarando con signos de muerte todo cuanto nos rodea.

Sin embargo, paso a paso, dejando en la brecha pedazos de carne y girones del alma, la humanidad marcha inexorablemente hacia adelante.

Los descubrimientos, como los actos cotidianos, podrían agruparse en baladías o trascendentales. Cuando un hecho supera el acontecer municipal, pasa a ser patrimonio universal y de él se benefician todos los hombres cualesquiera que sea su procedencia.

El fenómeno que en arte conocemos como ABSTRACTO no es ni francés, ni ruso, ni holandés, ni mexicano: tiene una stirpe universal.

Sin contar con la raíz telúrica de la abstracción que obedece más que a un estilo, a la necesidad congénita de la especie que WORRINGER llamara tan acertadamente "agarofobia espiritual", sin contar con los aborígenes americanos, que como todos los primitivos, inician su arte partiendo de conceptos mágicos e intuitivos, no comprendo cómo hay quienes quieren que la ABSTRACCION signifique un fenómeno exótico en América soslayando las concepciones actuales de la estética. Tal actitud me parece tan injustificable, como obstinarse en no usar los antibióticos porque no son un descubrimiento uruguayo.

La formación anatómica o mental que inevitablemente imprime el medio en el hombre, no solamente está de continuo expuesta a los avatares históricos, sino que no está solamente constituida por elementos naturales o triviales; por sobre ese medio y sus factores condiciones está la influencia cósmica y universal que hace valedera en cualquier sitio o época, la filosofía de un griego o de un oriental, las matemáticas de un árabe o la música de un alemán.

En Costa Rica pareciera prevalecer aún en arte cierta tendencia a expresar la superficialidad local del paisaje o de las complicaciones del campesino, sin rozar siquiera el arquetipo universal paisaje o campesino, lo que es limitado

El fin de Yoshiwara

Por F. M. E.

Amaterasu, la diosa tutelar del Imperio del Sol Naciente —quien según la teogonía japonesa nació del ojo derecho del dios Izanagui, cónyuge de la diosa Izanami—, ha empezado a abandonar las playas de la sagrada bahía de Yedo.

Hace pocos meses entró en vigencia la ley aprobada por la Dieta nipona proscribiendo el libre ejercicio de la prostitución en las islas gobernadas por Hirohito, y en esa misma fecha se apagaron los miles de luces rojas que anunciaban las casas de placer del histórico barrio bohemio de Yoshiwara, en Tokio.

No sin haber regado antes muchas lágrimas, empezó la diáspora de miles de vendedoras de amor que con sus co-

fres de alcanfor conteniendo sus lujosos atuendos y las pequeñas cajas de laca con sus modestos ahorros abandonaron ese barrio que, para algunas de ellas fue el único hogar que habían conocido. Varias regresaron al lado de sus familias radicadas en lejanas aldeas desde donde no volverán a admirar la belleza del imponente Fujiyama con sus nieves eternas, pero la mayor parte emprendió la larga e incierta peregrinación por las estrechas calles de los barrios bajos de Tokio donde confrontarán un porvenir aterrador.

En innumerables casos estas pobres mujeres fueron vendidas por sus progenitores para desembarazarse de la obligación de mantenerlas, mucho antes de que asomase la

pubertad; pero no para ofrecer de inmediato su sexo imberbe a los lúbricos apetitos de los hombres a tan temprana edad, ya que el Japón es un país de costumbres y tradiciones seculares: el ceremonial del saludo con sus características genuflexiones, el ritual para servir el té y la educación del lenguaje les tomaba varios años de adiestramiento.

El barrio bohemio de Yoshiwara constituyó, en no muy lejana época, una página memorable en la historia literaria y artística del Japón que no puede pasar desapercibida. Nos informan las crónicas que nos sugieren y documentan para el presente artículo, que fue fundado hace cosa de trescientos años durante el reinado del primer Shogún

Tokugawa Iyeyasu para que los caballeros samurays dierran rienda suelta a sus impetus libidinosos como alternativa a sus incontenibles violencias bélicas, y también para erradicar las mujeres de vida licenciosa de las calles de Tokio. Primordialmente, en la época de Genroku —a principios del siglo XVIII—, constituyó un oasis de placer y libertad en medio de la sociedad severamente regimentada de los Tokugawas. Ahí alternaron democráticamente los miembros de la sociedad con los literatos, artistas y gentes de la plebe.

Yoshiwara ha sido descrito en un sinnúmero de novelas y comedias habiendo sido en esa época lugar de inspiración para autores y artistas de tipo erótico. Ahí se inspiró el famoso novelista Sakato para escribir sus novelas sensuales y procaces que, conjuntamente con las de otros autores, estuvieron tan de moda en el siglo XVIII; y ahí se originaron los primeros éxitos del más famoso y potente de los novelistas japoneses, Kioden, con su famosa novela *El maleficio del topo ponzoñoso*, que ha sido traducida a todos los idiomas cultos. Las más famosas cortesanas y las lúbricas escenas de las casas de placer fueron grabadas en madera por el artista Utamaro; y el conocido comediógra-

aún dentro del concepto de la figuración. FRA ANGELICO interesa e interesará siempre, en su época o fuera de ella, en Asís o fuera de ella, no porque pintó ángeles, sino el cómo los pintó imbuyéndoles esa unión mística que es común a todos los hombres aún cuando ese fervor se canalice hacia Buda o Quezacoatl, vale decir, cómo manifestó su "NECESIDAD INTERIOR".

La razón del predominio exterior sobre las posibilidades de algunos de nuestros artistas, pareciera ser que el verdor vivificante de nuestras campiñas, el poético azul de nuestras montañas o la belleza natural de nuestras campesinas recortadas sobre el bruñido cobre de los atardeceres, hechos todos que nada

tienen que ver con el fenómeno artístico, imponen su hechizo al "cazador" de paisajes o de hombres que incapaz de resistir al poderoso impacto de saberse dueño de tanta belleza, sucumbe convirtiéndose en un importante objetivo fotográfico por más que el hecho se consume en nombre del arte o de la poesía.

Otras veces, la vida fácil y dulzona, sin apremios hondos ni trágicos que lo hacen tomar las cosas regocijadamente, sin seriedad ni hondura, lo hace referirse a cuestiones de vecindario que solo a los íntimos interesan.

Alguna vez también, en obras que puján por ser libelos políticos, fustiga a la manera mexicana lo que él estima que

es el dolor de los trabajadores, la alegría de las parturientas o el apremio del trabajo. Arte con moraleja y sin plástica, arte con buena intención y humanitarios principios sociales pero sin utilidad permanente, extra-arte que rebasa su función estética, única que le cabe si el arte quiere ser "útil", para convertirse en personalísimo desahogo encaminado a convencer o a emocionar a quienes son prontos al llanto o poco saben de la vida. Pero, de lo propio del ser, de ese ser que sufre y llora, que vive y muere, de ese ser que siéndolo cumple su destino social, un destino tan importante como cualquiera de las "cosas" que quiere immortalizar con su habilidad manual, poca cosa. El mensaje en que se proyecta su es-

píritu creador satisfaciendo sus necesidades interiores, esa epifanía profética que consustancia al ser con todo lo creado proyectándolo a la eternidad, se detiene exhausto ante el encanto navideño de las lindas casitas de Escazú.



fo japonés Chikamatzu Monzaimón les supo dar vida llevándolas a escena. Suzuki Honobu grabó en madera y logró imprimir por primera vez en colores, logrando captar con su buril las enigmáticas sonrisas de cortesanas y geishas; y el elegante amaneramiento del ceremonioso saludo, producto de años de adiestramiento. Los nombres de sus imitadores Toru Kiyonaga, Koriusay, Hokusai e Hirosgie, fueron familiares en este barrio y tanto sus obras, como las de los primeros, figuran en toda colección de arte japonés.

Los versos de los poetas Jimmu Tenno, Ommin, el elegiaco Saishi y de la poetisa Regentzu embriagaron con sus melodías a parroquianos y

residentes de ese barrio, melodías que, como ha dicho Leocadio-Hearn "son incomprensibles para nosotros ya que el alma japonesa es tan diferente de la nuestra como el amarillo del azul".

La histórica tradición de Yoshiwara había casi desaparecido cuando en 1910 un decreto de la Dieta Nipona dio la libertad a las pupilas de esas casas de lenocinio donde eran verdaderas aves enjauladas. Luego el terremoto de 1923 y los "raids" aéreos de la última guerra acabaron de destruir sus viviendas; sin embargo, en 1945 volvieron a refaccionarse los semiderruidos edificios y a construirse nuevas casas, pero sin ninguna de sus antiguas tradiciones

y únicamente como proveedoras de vicio.

Toda la poesía y el encanto de las milenarias costumbres del Imperio del Sol Naciente van desapareciendo al contacto con la civilización occidental: las ordenanzas militares de las tropas americanas, vencedoras en la última guerra, donde la disciplina y el puritanismo van unidos de la mano, proscribieron de los hoteles y hospederías la tradicional costumbre de tomar el baño en común, erradicando así la promiscuidad de sexos en la ablución matinal y desapareciendo las bañeras de los cuartos de hospedaje. A las meseras de las casas de té se les prohibió "desabrocharse" sus kimonos para que los

parroquianos calentasen sus manos en las frías noches de invierno, al contacto con sus pequeños y tibios senos.

No pasarán muchos años sin que los elegantes salones de baile donde las geishas bailan sus ceremoniosas danzas a los acordes de su dulce música milenaria, sean sustituidos por "Night Clubs" donde las parejas harán contorsiones bailando el "Cha-Cha" y el "Rock'n Roll" con música de negros aerotrasportados desde Harlem; y las pagodas, donde los bonzos venden oraciones escritas en papel de arroz, serán convertidas en no muy lejanos días en templos de los Testigos de Jehová, Pentecostales y demás denominaciones protestantes tan pronto haya traductores y medios apropiados para im-

Consejo Nacional de Producción

Departamento Estabilización de Precios

==== OFRECE ====

Afrecho de trigo en cualquier cantidad a veinte colones el quintal sin saco

**Puesto en la Planta Silos de San José
(HARINERA)**

Consejo Nacional de Producción

San José, Noviembre de 1958

PAGINA DE UN DIARIO

Gloria a Don Joaquín

Por Alfredo Cardona Peña

12 de Noviembre de 1958.— Estaba comiendo en el restaurante de la Editorial en compañía de los jóvenes poetas Juan Bañuelos y Otto Raúl González, éste último de Guatemala. Entró Víctor Raúl Alexander con una portada que mandé hacer para una biografía ilustrada y discutimos los colores. El personaje con una mano detiene un tanque y con la otra acaricia a una niña. Apruebo la portada, y cuando se va Alexander dice Otto Raúl: "Se murió García Monge"... yo no sabía nada, pues paso la mayor parte del día fuera del Distrito Federal y casi no leo periódicos. Mi respuesta tenía que ser idiota: "No es posible"... por-

No muere el odio, el violento, el cuchillo,
pero se muere el ejemplo de nieve,
y lo fatal a ponerse se atreve
nuestro dolor, como pálido anillo.

que nos imaginamos que esas cosas no suceden y que la gente se queda y sigue viviendo en el mismo estado en que uno la dejó. Al terminar la labor regresé a mi casa. No había nadie. Los chicos estaban en sus exámenes y Alba se había ido a una reunión de maestros, ya que el líder del magisterio se encuentra en la cárcel. Me siento, y todo un mundo de recuerdos cae sobre mí. Ya no vive García Monge. Se fue el amado maestro. Una de mis ilusiones, si acaso llegara a San José, era la de visitar a don Joaquín, sacarlo a pasear, invitarlo a almorzar, alfombrar su paso. No se puede ya. Recuerdo mis versos:

Así es. Ni remedio. Los buenos se van... por eso, porque son buenos. Pero es dura la aceptación. Sucede que nos acostumbramos "a la vida" de una persona, y no pensamos en que se pueda morir. Pensamos en que algún día ocurrirá, pero ese día lo sentimos remoto. Fantasmas somos. ¿No decía Carlyle que hemos tomado nada más un cuerpo, una apariencia, para luego disolvemos en aire y en invisibilidad? Don Joaquín ya se ha ido, y yo no sé qué decir ni qué pensar. El problema es grave, porque también desaparece **Repertorio Americano** que es algo así como la prolongación de don Joaquín. ¿Tendremos valor para matar **Repertorio Americano**, es decir, la huella perdurable y universal del maestro? Tienen la palabra todos los costarricenses de buena voluntad... Pesimista soy, porque conozco a mi gente. Mientras tanto,

hago silencio y quemo mis palabras, para que el humo suba en señales de alerta. Y me refugio con mis viejas lecturas. Y encuentro consuelo en este pasaje de San Jerónimo, llorando la desaparición de su venerado maestro Nepociano: "¿Dónde está aquél mi instigador al trabajo y aquella voz más dulce que la de un cisne canoro?... Todas mis páginas hablarán con alegría de él; todas mis cartas lo recordarán. Tengamos presente con el cuerpo. No cesemos nunca de tener presente con el cuerpo. No cesemos nunca de hablar de aquél con quien ya nunca más podremos hablar".

A don Joaquín García Monge habrá de erigir un día la gratitud nacional un monumento. El símbolo de ese monumento no serán las tijeras de bronce que decía don Ricardo Jiménez, sino el que dio el más grande de los Médicis a un egregio humanista, y que el salvadoreño Víctor Jeréz quería para Francisco Gaviña: una antorcha encendida por los dos extremos.



primir el Nuevo Testamento en japonés.

De **El Japón heroico y galante** de Gómez Carrillo, de las narraciones de Pierre Loti y de Leocadio Hearn va quedando apenas el grato perfume del recuerdo. Los caballe-

ros samurays habían desaparecido de la leyenda heroica del Japón cuando la Factoría Holandesa de Nagasaki vendió sus primeras armas de fuego en ese país. El valor personal y el noble acero de sus sables fueron vendidos por el plomo plebeyo y vul-

gar. Con los samurays desapareció también su millenario Código de Honor.

Si bien es cierto que las tropas vencedoras en la última guerra mundial llevaron a esas lejanas tierras de Oriente la "técnica de vivir"—descu-

nocida para millones de sus habitantes—, también lo es que han ido destruyendo poco a poco el "arte de vivir" que durante milenios cultivaron y practicaron los súbditos de Hirohito.

La Gloria y el Chin Chin

Por Alfonso Ulloa Zamora

Anselmo subió a la plataforma del burdo carricoche y acomodándose en su lugar de costumbre, contempló sin interés a la chiquillería que saltaba y gritaba en rededor.

Un cartel fijado sobre un muro cercano anunciando el próximo "debut" del prestigiado cuarteto de viento "Art Europe", llamó su atención. Una tuba, una flauta, un oboe y un clarinete aparecían dibujados primorosamente en el anuncio. Anselmo, como si aquel programa de arte lo proyectara con fuerza irresistible hacia el pasado, empezó a recordar.

Sí, entonces tendría apenas diez años cuando se inició en el aprendizaje del clarinete bajo la tutela de don Abundio, director vitalicio de la humilde filarmonía de su lugar.

Se miró luego formando ya parte del modesto conjunto, sudando a chorros mientras tocaba en las procesiones, los turnos y las fiestas patronales de su pueblo.

¡Si aquello parecía acontecido ayer no más!

Pero en Anselmo vibraba algo muy especial que lo diferenciaba de sus compañeros filarmónicos. Para él la música era pasión. Pasión verdadera en el crear y el descubrir. Esfuerzo constante y único. Agonía perehne y sed de gloria.

Por eso, por no haberse sen-

tido nunca destinado a ser un humilde clarinetista pueblerino, se trasladó a la capital.

Estudió con la fuerza propia de la juventud. Con la codicia del buscador sólo del triunfo. Advirtió, para el logro de su ideal, la necesidad de dominar, aparte de su instrumento, el resto de lo que las otras artes y ciencias le ofrecían. Leía apasionadamente cuanto libro llegaba a sus manos. No se hubiera perdonado jamás faltar a ninguna conferencia o evento artístico de cualquier índole. Autodidacta sin saberlo, ciego y como desesperado, tejía con afán en los hilos mágicos que conducen al humanismo. Y todo aquello descontando diez horas diarias que se recató para su estudio propiamente musical.

Como tenía que vivir, aceptaba modestos "toques" en los conjuntos más humildes. ¿Qué le podían importar esas minucias!? los puentes a la ría suelen ser siempre desagradables. Marcados de sacrificio. Pero al final de ellos debía encontrarse, iluminada y cierta, lo que ahora era sólo sospecha y esperanza.

¿Pero, qué era aquello? Los años sucediéndose no le daban ninguna retribución a su esfuerzo. Tres intentos para ingresar a la Banda Militar, institución considerada apenas transitoria en su ruta al triunfo, habían fracasado lamentablemente.

—Otra ocasión será, joven-

cito. Siga, siga estudiando firme y decidido. Pueda que en la próxima...

¡Y qué otra cosa había hecho él, si no estudiar firme y decidido!

Pero verdaderamente en las pruebas había quedado muy mal. Ridículo fue el tono que logró dar a su querido instrumento. Falló también en la medida, en... Sí, decididamente tocaba muy mal. Pero muy mal. Sin arte, sin vida...

¡Si aquello fue como para echarse a llorar!

Así lo había hecho.

Pero él era un artista. Eso lo sentía a lo vivo. Algo que no podía precisar fue lo que no le había permitido dar rienda suelta a la mina armónica que ocultaba su corazón. Y ese algo, temores, nervios o incapacidad, era factor determinante de su propio ser. Fatalmente determinante.

Anselmo comprendió entonces lo inexorable de la limitación humana. La oscura angustia significada en ese tremendo: no puedo más... Y aceptó el destino.

Continuó con los "toques" de costumbre en los conjuntos baratos e improvisados. Pero el entusiasmo por la esperanza, se le habría quebrado para siempre. Los años avanzando, empezaron a pesarle. Después, hasta las orquestillas miserables lo ignoraron.

Cerró sus álbumes. Guardó

los sueños. No hizo ya nada por evitar que la vida lo manoteara a su capricho. Para acercar un remedo de calor a su soledad infinita, ligó su destino al de una pobre mujer sin ternura ni milagro.

Cualquier cosa es buena mientras se muere.

Con un retumbo ensordecedor el carricoche empezó a rodar calles arriba. Braulio, el renco, sincronizándose al movimiento, inició con su bombo y platillos el estruendoso chin chin acostumbrado, mientras Anselmo, llevándose el clarinete a los labios, como un autómata se arrancó sobre aquellos bajos despiadados con la tonada vulgar y chillona, con el sonsonete absurdo y repetido.

Todavía pudo mirar una vez más hacia el lujoso programa que anunciaba el artístico conjunto. Como sin quererlo, entristecido. Pero una vez más.

Desde el carricoche un miserable pintorrajeado grotescamente, comenzó a lanzar al aire unos volantes anunciadores del "Grandioso Turno para el próximo domingo". Uno de los volantes, devuelto por la brisa, se le pegó en el rostro al musiquillo secándole una lágrima que ya le asomaba. Una lágrima grandota. Como de niño.

Ya lejos el carricoche, en medio del sol, del polvo, de los gritos, permitía aún escuchar aquel grotesco chin chin inmisericorde marcándole ritmo a la torpe e inútilmente trágica tonada que, saliendo del clarinete de Anselmo, parecía un aullido.



MARCOS RAMIREZ

Aventuras de un muchacho

Por Carlos Luis Fallas S.

Yo nací en El Llano de Alajué, en el mes de enero de 1909.

Cuando hurgo en lo más profundo y escondido de mi memoria, desde allí emerge, brumoso, el casi desvanecido recuerdo de un baile; la impresión de una sala iluminada y adornada, de vagas sombras sin rostro que danzaban, y yo en el regazo de un hombre: supongo que era mi padrastro y que con ese baile celebrábase su casamiento con mi madre. Luego, el borroso recuerdo de un camino lejano, bordeado de altos y abruptos paredones, cubierto todo de un polvo fino y que parecía de plata brillando a los rayos de la luna, y de unas mujeres, entre las que posiblemente iba mi madre conmigo a cuestras, que marchaban presurosas y agitadas, mientras una voz medrosa repetía: "¡El líón, el líón! ¡Es el líón...!" Y por último, un horrible despertar de pesadilla, llorando y gritando de temor al encontrarme solo, metido dentro de mi camilla de barandas y en una habitación débilmente iluminada por un cabo de vela que ya estaba en sus últimos parpadeos; en la exaltación del llanto y del terror ví de pronto entrar un enorme y melencólico león que, después de dar una majestuosa vuelta por la habitación, se metió debajo de mi cama, haciéndome enmudecer de espanto. Tales son los primerísimos recuerdos de mi vida que aún conservo en la memoria.

Después, ya estoy viviendo

con mi madre y mi padrastro en una humilde casita de tres habitaciones, de piso de tierra endurecida, adobes y tejas de barro, contigua a la casona de mi bisabuela y enclavada en un alto, naranjos de por medio con la orilla del camino y a la izquierda del ancho portón que daba entrada al molino y al trapiche de mi abuelo.

Por detrás de la casona de mi bisabuela y como una prolongación de ella había un ancho y oscuro corredor, en donde almacenaban el bagazo de la caña, después de extenderlo, para que lo secase el sol, en el amplio patio que se abría entre las dos casas y el trapiche, cuyo inmenso galeón se alzaba allá, en el fondo de ese patio y en un bajo. En ese bajo del terreno se formaba un espumoso arroyo, con el agua de la caudalosa acequia que en su caída movía la enorme rueda del trapiche; y con la de otra acequia más pequeña y que, al precipitarse por una empinada canoa de madera, movía en lo hondo la aspada rueda del molino de maíz. Del otro lado del arroyo, en el alto y atravesado por la acequia grande, se extendía el cañaveral de mi abuelo, con muchos *jocotes*, anonos, *guarumos* y árboles de poró en la cerca.

Esos eran mis dominios. Por todos esos para mí encantados lugares correteaba a solas todo el santo día, como un duende, a pesar de los constantes ruegos y amenazas

de mi madre, temerosa siempre de que me pudiera suceder una desgracia. Y tenía razón, porque una vez, mientras trataba de coger una preciosa ranilla, se me resbalaron los pies y caí en la acequia del molino. No recuerdo sensación alguna de asfixia o de temor; iba flotando, como en un sueño, hasta que oí el grito de espanto de mi madre y sentí que me tiraban del cabello. Afortunadamente ella estaba lavando en la orilla de esa acequia y me pudo sacar a tiempo, cuando ya el agua me iba a precipitar de cabeza por la empinada canoa del molino. Si no andaba en tales vagabundeos, entonces, para distraerme, me tenía que entremeter en las conversaciones y quehaceres de la gente grande. Y es que vivíamos en el campo, en las afueras del barrio de La Concepción, muy lejos de la ciudad, y nuestros vecinos más cercanos no lo estaban mucho; por eso no podía contar yo con compañeros de mi edad para entretenerme.

Mi padrastro, zapatero de oficio, era muy aficionado a los pájaros; tenía varias jaulas de alambre y dos magníficas trampas —o *cogedoras*, como las llamaba él— de bambú y totora. Todas las mañanas y con la primera claridad del alba comenzaba en mi casa el alegre concierto pajaril, en el que intervenían los jilgueros, yigüirros y *mozotillos* de mi padrastro, quien día con día, religiosamente, antes de sentarse en su banco de

trabajo acostumbraba bañarlos y asolearlos con muchos mimos y exagerada minuciosidad. A veces aprovechaba el domingo para ir, con algunos amigos, a cazar pájaros a lugares muy lejanos; se iba a las dos o tres de la mañana, llevando a cuestras el almuerzo, sus dos trampas y una jaula, y regresaba de noche, muy cansado y no pocas veces con la jaula vacía. Yo deseaba ir a coger pájaros también, pero mi padrastro decía, dirigiéndose a mi madre:

—Allí hay que estarse muy quedito y muy callao, y este muchacho, que es un azogue, me espantaría los pájaros. Además, no aguantaría la andada—. Y nunca quiso llevarme.

Se llamaba Ramón, y era un hombre muy moreno, alto, flaco y de pausado hablar. Nunca intervenía conmigo y rara vez me dirigía una palabra; para él, yo casi no existía.

Mi madre era entonces una mujer muy hermosa, alta, blanca y de abundante y negra cabellera que, cuando ella se la soltaba para peinarse, le caía hasta las rodillas. Tenía diez hermanos, los cuales, con excepción de mi tía Amelia, recién casada, y de mi tío Zacarías, que estudiaba Derecho en San José, vivían con mis abuelos, en una gran casona de adobes, en el otro extremo del barrio de La Concepción —o de El Llano, como con más propiedad le nombran. Ella era la hermana mayor; y Tomasito, el menor de sus hermanos, tenía la misma edad que yo.

Mis tres tíos mayores, Santiago, Rafael María y Ernesto, que eran unos hombrazos muy forzudos y trabajadores, atendían con algunos peones los trabajos del trapiche, del cañaveral y del molino. Y mi tío Jesús, que todavía estaba en la escuela, en sus períodos de vacaciones tenía que ayudar también en esas labores. Yo, cuando ellos se descuidaban, era feliz travesando en el trapiche, hurgando con una vara larga en la encendida

hornilla, husmeando el espeso y rebullente caldo, hartándome de espumas y de dulce caliente, y corriendo así el peligro de resbalar y caer en las pailas donde hervía la miel.

Cuando mi tío Santiago, q' era el mayor y el más serio de ellos, me sorprendía en alguna de esas travesuras, me administraba un buen jalón de orejas y dos o tres fajazos. Mi tío Ernesto me ahuyentaba en otra forma: suspendíame en el aire por los cabellos, con una mano; así me sacaba hasta el centro del patio y luego, mientras los demás daban grandes voces y reían burlándose de mí, dábame vueltas y más vueltas, girando sobre sí mismo, para tirarme después muy lejos, como piedra disparada por una honda, contra el bagazo que amontonaban allí. Yo soportaba esas expansiones de mis tíos apretando los dientes, sin llorar y sin quejarme, para demostrar que era muy valiente. Y ellos aprovechaban esa vanidosa pretensión, mía para divertirse, sometiéndome a constantes pruebas. Apenas llegaba un muchachillo al trapiche, y si mi abuelo no estaba por allí, mis tíos le proponían:

—¿Querés ganarte un caramelo y una tapa'e dulce? Te damos éso si vas y le rompés la trompa a aquel chiquillo... ¡Es un mocoso muy opuesto!

Yo no esperaba que me atacaran. Inmediatamente me lanzaba sobre mi rival, y no echaba pie atrás aunque llevara la peor parte; me defendía entonces furiosamente, a arañazos, mordiscos y puntapiés, hasta que mis tíos intervenían para separarnos y dar por terminada la pelea. Por eso andaba con frecuencia lleno de rasguños y chichones, sin que mi madre pudiera nunca averiguar dónde ni cómo demonios me los hacía.

Una vez, en un encuentro de esos, le rompí la nariz a un muchachillo, y el pobre sufrió una copiosa hemorragia que asustó a mis tíos. No sé cómo se enteró del asunto mi bisabuela, pero recuerdo que me llamó y dijo:

—¿Que clase de demonio es usted, Marcos? ¿Por qué tiene

que andar peliando con todo el mundo, y a cuenta'e qué le rompió la nariz a ese muchacho,

—El me pegó primero—alegué yo.

—¡No mienta! ¡A mí usted no me puede engañar!—dijo ella, amenazándome severamente con su descarnada mano. Y agregó después, suavizando el gesto y la voz:

—Yo sé que esa es la clase'e gracias que siempre están haciendo sus tíos; pero a usted le gusta, y eso está mal, Marcos. Así era mi hijo Pedro, ¿sabe? Todo el tiempo andaba en pleitos con todo el mundo, a pesar de los consejos y regaños míos y de las apaliadas que le daba el papá, que era muy bravo; preguntélele usted a su agüelito, pa que vea. ¿Y sabe usted lo que le pasó a Pedro por andar en esas, y cuando ya era casi un hombre? Pos, oiga pa que eche en su saco. Resulta que Pedro viejo resolvió irse con Rosendo pa Los Cartagos, a sacar una madera'e la montaña, y me dejó a Pedro aquí, pa que me acompañara. Una noche de esas Pedro se jué pa un tal baile y allí se pelió con unos hombres; volvió a la casa con una herida en la cabeza, diciendo que eso no era nada y que más le había hecho él a sus enemigos. Yo le dí su güena regañada y le advertí que un día'e tantos, si no se componía, Dios lo iba a castigar metiéndole su güen susto. “¡Ah, ¿sí?” me dijo él, burlándose: “Pues, va a ser muy difícil que me pueda asustar Tatica Dios, porque yo no le tengo miedo a nada ni a nadie”. Yo entonces le dije: “¡Ojalá que Dios te dé una güena lección, pa que dejés de andar peliando con los cristianos y pa que se te bajen esas ínfulas que tenés!” Nos acostamos, y al poco rato comenzaron a cacariar y a cacariar las gallinas. Entonces no había trapiche y allí propio tenía yo el gallinero. Pedro dijo, levantándose y cogiendo la cruceta: “Debe ser un ladrón que se está llevando las gallinas. ¡Si lo agarro le va a ir muy mal!”.—“¡No vayás, Pedro!” le rogué yo: “No vale la pena maltratar a nadie por una gallina, y tal vez es un

pobre que no tiene qué comer... Y te puede pasar a vos cualquier desgracia...” Pero él dijo que pa eso era hombre y que él no le tenía miedo a nada. Y se jué, y cuando llegó al gallinero, muy de puntillitas, vió sobre la acequia un bulto negro que estaba encajado y de cuclillas en la rama más bajita de un gran cuajiniquil que allí teníamos. Y como el bulto estaba como mirando pal otro lao, y él, por lo que yo acababa'e decirle, no lo quería matar, se pensó: “¡Hora le meto su güen empujón a este bandido y lo tiro al agua, pa que se dé su bañada y se lleve tamaño susto!”. Y así lo hizo. Y onde le puso la mano en la espalda sintió que aquello era cosa del otro mundo y se le grifó el pellejo, y más cuando oyó el aullido que pegó al caer entre el agua... ¡Era El Mico Malo...! Pedro botó la cruceta y se vino en una sola estampida, con el pelo parao del susto que traía, y apenas tuvo tiempo'e cerrar cuando se oyó al Mico Malo onde pegó contra la puerta, dando un bufido. ¡Por nadita me lo agarró! ¡Y en la puerta dejó una mano pintada, como si allí hubieran arrimao un fierro caliente! ¿Qué tal? Eso le pasó a mi Pedro, por desobediente y peliador...— Y la anciana añadió mientras me pellizcaba suavemente una oreja:

—Si usted, Marcos, no deja esa peliadera, se va a llevar un susto igual el día menos pensado...

Me la contó para atemorizarme, pero ella no podía creer en tal historia. Mi bisabuela sabía por qué los Ramírez habían tenido siempre fama de valientes y de eso le gustaba hablar, allá de vez en cuando.

Esta bisabuela mía, muy anciana y que se pasaba las horas largas sentada en su butaca de cuero de venao, en el corredor de la casona, vivía en compañía de una nieta que recogiera pequeña, hija natural del hermano de mi abuelo, llamada Aurora. Pero Aurora se había transformado ya en una mujerona alta y bien formada, alegre y muy amiga de ostentar la tremenda fuerza que poseía. A mí

me quería y mimaba, pero me molestaba mucho; cuando lo graba atraparme jugaba conmigo como el gato con un ratón, saliendo siempre yo de tales juegos lleno de raspones y magulladuras. Por eso le huía, y me desquitaba también, a mi manera. Aficionada a la pesca, en cuanto dejaba de llover cogía el anzuelo, sacaba unas lombrices y se iba para el cañal, en busca de los remansos de la acequia. Y yo entonces la seguía, para interrumpir con grandes gritos, su entretenimiento, hasta que ella, exasperada, me decía:

—¡Ya sé pa qué venís a espantarme los barbudos, gran bandido! Andá, vete ya, y yo te regalo el más grande de todos los que pesque.

Me lo tenía que dar, porque yo iba a esperarla junto a mi bisabuela y en presencia de ella le reclamaba su ofrecimiento. También la molestaba burlándome, delante de mis tíos, de un novio que tenía por esos días, burlas éstas que sí la enfurecían de verdad.

Recuerdo muy bien ese novio, con el que Aurora se casara algún tiempo después. Era un hombre moreno, de pelo muy negro y ensortijado, que en las noches de verano, cuando todos dormían, llegaba con su guitarra a cantar bajo los naranjos extrañas y dulces canciones de amor. A mí me gustaban mucho esas serenatas. En cuanto lo oía puntear la guitarra, levantábame en puntillas e iba a atisbar por la ventana: la luna blanqueaba el patio y el polvoriento camino y rebrillaba en las hojas de los árboles; y allí estaba él, solo, debajo de un naranjo, con una toalla alrededor del cuello, su puñal y su guitarra, cantando:

“Quisiera ser brillo de luz de la luna y con claro de luna en tus ojos brillar.

Y quisiera ser llama de un fuego de amor y con luz de ese amor tu camino alumbrar...”

Así eran todas sus canciones, viejas y sencillas cancio-

PÁGINAS

Epístola a Bernal Díez del Castillo

Por MANUEL JOSE ARCE Y VALLADARES

Señor don Bernal Díez del Castillo,
en Ciudad de Santiago, Guatemala.

Querido amigo abuelo:

A cuatrocientos años de distancia
de sal y viento, va a buscar tu sombra
mi emotivo fervor por tu palabra.

Te escribo de La Mota de Medina
en donde un día te asomaste al alba
con tu presencia de ángeles gozosos,
tras esperas de lunas desveladas.

Te escribo desde aquí, desde la torre;
más que viento en redor, sintiendo en alma
una voz que se eleva demandando
con lejano clamor tu vuelta a casa.

Bien sé que voy a remover ternezas
hasta un humus de tierras disgregadas;
a poner en las gotas de la lluvia
que cae en la ciudad sal de tus lágrimas;

y a que en aquel ambiente evocativo
de sombras en las ruinas, tus nostalgias
ahonden los morados del crepúsculo
para desvanecerte en las arcadas.

Porque bajo el grosor de tu armadura
y ese vigor antiguo que templaba
contra el tiempo tus fibras antañonas,
curtidas de fatigas y batallas,

iba cuajando suavidades niñas
en la indigencia de tu hogar; hinchaban
tu corazón la pena y la ternura
para fluir por las venas de tus páginas.

Cuando ya en tu senil isocronía
te llamó la verdad a romper lanzas,
tu lucidez con los vigores mozos
vivificó de siglos tus hazañas.

Tus ojos, desde allá se revolvían
al imán de tu sangre: en esta playa
coronada de cielos y tormentas,
como aquel cono del Volcán de Agua.

Y otra vez en el tronco de tu sangre
revivía el recuerdo ausentes ramas
de nidos de luceros y de trinos
en florescencia hidalga.

Francisco Díez, "El Galán", luciendo
todo el caudal de su atractiva estampa
—que tú heredaste—, cuando aquí en Medina
se vestían de fiesta las ventanas.

Te escribo desde el sueño de esta torre
que aun desvela los ojos de esa infancia
latente en cada letra de tu Historia.
La torre a cuya sombra te extasiaras,

cuando ella te nutrió de hechos gloriosos
de que fueran testigos sus entrañas;
y fuiste tú después como esta torre,
superviviente en tu memoria exacta.

Torre esta, matriarcal como la Reina
qué aquí rindió el latir de sus hazañas.
Tú allá como esta torre, alto en tus hechos
y con tu señorío de patriarca.

Allá enraizaste entre la roca viva
de la meseta; y en la tierra —almohada
de suavidad— dormiste tus recuerdos
amortajado con tus propias armas.

No puedo menos que buscarte ahora,
a cuatrocientos años de distancia,
de voz a sombra en ciudad de cielos
y a luz entre las sombras apretadas.

Nos unen mundos de recuerdos hondos
que he vivido entre siglos de fantasmas;
y el presente y futuro que plantaste
allá, como semillas de naranja.

Tú evocabas tu Mota de Medina
del Campo, tu llanura castellana;
y yo, desde el Castillo de La Mota
te evocó en mi Ciudad de Guatemala.

(Poema tomado del libro del poeta Arce y Valladares,
titulado Los Argonautas que Vuelven).

Cuando el Eco no Vuelve

Por ANIBAL RENI

Quiero, cuando la luz triste descienda
como errante y perdido peregrino,
un cocuyo cazar por el camino
y en su fulgor, iluminar mi tienda.

No boca bella que al besar trascienda

a jazmín, cinamomo o rojo vino,
ni ojos profundos de mirar divino
ni brazo tibio que mi carne encienda.

El suave resplandor de algún lucero
es tan sólo el regalo que yo quiero

POETICAS

Elegía en el Destierro

A Arturo Echeverría Loria

Lejos estoy de tu presencia augusta,
de tu mirada maternal y pura,
del ancho y amoroso territorio
que cubren tus dos brazos como el viento.
Por eso es que te canto, porque ahora
puedo llamarte patria en el recuerdo.
Han pasado los años, hemos visto
tras una infancia melodiosa y dulce,
aparecer los nubarrones grises
de la revolución y de la muerte.
Pero tú, como una madre única,
acogiste en tu seno a tantos muertos
que cayeron fulminados por el odio
sempiterno del hombre contra el hombre.
Las heridas del caído restañaste
poco a poco, con el fruto de tu pecho
que es el aire, el sol, el pan y el agua.
Y viste como madre el ausentarse
de aquellos de tus hijos que rebeldes
te amaban de otro modo, y se opusieron
a la mano traidora, al comerciante,
al charlatán político que enerva
al pueblo con su verbo, sólo atento
a su propio bienestar, mientras los otros,
tus hijos, tus labriegos, tus mujeres
que te ofrendan sus niños como flores
para gloria y grandeza de la estirpe,
languidecen o mueren en la triste
soledad de tus riberas en el sur.
Bien sabes tú, madre inmortal y joven,
que hoy te miro más bella en el destierro,

que yo fui uno de aquellos que emigraron
lejos del amplio maternal regazo,
ligero de equipaje, llevando en la tristeza
la imagen bien amada de tu rostro.
Los que viven en ti, los que disfrutaron
del poder, del oro de tus bienes,
alegan que te han engrandecido
coronando tu frente con el mirto
de la victoria, aún ensangrentado,
y que te honran, oh madre, dignamente.
Yo sólo sé que de ti aún vivo ausente,
mi soledad poblando con los seres
que un día fueron conmigo, como un sueño
inacabable que resiste al tiempo;
que si es duro vivir en tierra extraña
errante, sin casa y sin amigo,
para el poeta, cantor en el exilio,
conquistar para su vida un poco de ocio
que aligere las alas de su espíritu,
requiere más valor que el de los héroes.
Pero estoy lejos de ti, de tu mirada
serena y maternal, tal una diosa,
y quiero que esta noche solitaria
salvando la distancia, el vasto aire,
mi pensamiento vuele como un ave
a su rama nativa, donde un día
su canto desgranara entre la fronda
bajo la gloria de tu luz: único anhelo
que aún puede consolarme hasta la muerte.

FERNANDO LUJAN

para esta vida de esperanza trunca.
Y así al romper el cascarón de lodo
después de haber abandonado todo
poder gritar a quien me llame, nunca.

* * *

Del jardín al jardín de cristal fino
pálida mano trasladó una rosa,
jamás hubo ninguna más hermosa
felpa de raso, rojo purpurino.

Vibró en el piano en continuado trino
el ritmo que agitó la flor preciosa,
y al deshojarse lenta y perezosa
en regalo de olor, voló al camino.

A través del silencio de la estancia
la luna vino a recoger fragancia
en la corola mustia y deshojada

y en el agonizar de aquel momento,
en el aroma que llevaba el viento
la sonata fugaz, fue perfumada.

* * *

Parpadea en el valle y la colina
la luz del sol agonizante y bella,
de nácar y amaranto está la huella
también la zarza y la menuda espina.

El cielo, antes azul, es cornalina
y aun pizarra será al salir la estrella,
el cocuyo fugaz hará centella
del jazmín a la rosa purpurina.

El alma absorta que regresa plena
de aquella fiesta de matices llena
reza su rezo a la mortal penumbra.

Y en el milagro del hechizo agreste,
de nadie espera que le dé o le preste
si desde adentro con su luz se alumbra.

* * *

Fresco el pensil al soplo de la brisa
que lluvia y sol aderezó la tarde,
porque más haya en su belleza alarde
embriaga la eclosión, la luz se irisa.

Tanto color del cielo que agoniza
es el minuto vespertino que arde,
y aunque el lampo fugaz dure cobarde
divino es el matiz que lo eterniza.

Zumbando en el destello ultramontano
irrumpe un colibrí del hondo arcano
llega y liba la flor que se le antoja.

Y a la manera de un deslumbramiento
cual un zafiro suspendido al viento,
viola todo el rosal y lo deshoja.

MARCOS RAMIREZ...*(Viene de la pág. 13)*

nes perdidas hoy en el recuerdo de aquellos tiempos. De ésa he conservado el aroma y la intención y por eso he podido reconstruir ese retazo.

Yo era, desde chiquillo, muy amigo de fantasías y de proyectos descabellados que acariciaba por largos días, y en ese trapiche estuve empeñado en realizar uno de tantos: una cría de cangrejos. No sé cómo ni cuándo comenzó el asunto, pero recuerdo que tenía un encierro, fabricado con piedras y palos, en un tranquilo rincón de la acequia, debajo del molino, y que capturaba cuanto cangrejo encontraba en mis diarias andanzas para aumentar los que tenía encerrados. Logré reunir muchísimos; unos, enormes, otros más pequeños, y me pasaba las horas contemplándolos y tratando de domesticarlos, acariciando fantasías, soñando cómo se irían multiplicando hasta llegar a formar un poderoso ejército sumiso a mi voz y a mis caprichos. No sé qué demonios querría hacer yo con semejante plaga de animalejos, pero llegué a sentir por ellos tanto o más cariño que el que sentía mi padrastro por sus bulliciosos pájaros.

Un aciago día mis tíos descubrieron mi encierro de cangrejos. Nada me dijeron. Pero ese mismo día por la tarde, estando yo encajado en el portón de la calle, meciéndome, alcancé a ver de pronto, saliendo del molino, a un extraño grupo de campesinos que llegaron a dejar maíz; y cuando esos tales se acercaron al portón me quedé helado de espanto: ¡De sendas varas que traían al hombro venían colgando en apretadas sargas todos mis cangrejos! Y más me horroricé cuando oí que uno de los hombres al salir decía, alegre y satisfecho:

—¡Tuvimos suerte! Con tortilla y bien asados son muy sabrosos...

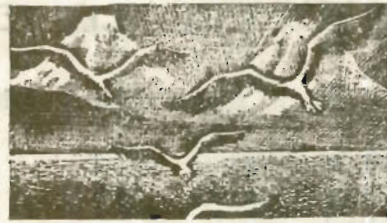
Y esa tarde sí lloré; lloré desesperadamente el triste fin que le aguardaba a mis desgraciados cangrejos.

Anduve varios días muy

triste. Pero me consolé un poco después, viendo que mi padrastro, con mucho dolor también, había tenido que

venedrlle a una señora todos sus pájaros y jaulas; algo le oí hablar de mala situación y de falta de trabajo, pero esos

eran asuntos que no me preocupaban entonces y de los que no tenía ni la menor noción aún.



La **SEGURIDAD**
no está solamente
en la caja de
caudales



Qué sucederá cuando ya no podamos trabajar?

Es entonces cuando bendecimos la hora en que tomamos un **SEGURO DE VIDA** para pagar las cuentas y seguir viviendo sin grandes preocupaciones.

Pida informes al



Instituto Nacional de Seguros

"Ya estoy aquí para siempre..."

Por Juan Manuel

Bien llegada a don Joaquín la condecoración de la Orden del Sol del Perú, en alegoría cabal de cómo se puede descender al regazo terreno cosechando aún el bien ganado triunfo, y cómo un rastro humano —sol permanente— ha de seguir irradiando su calor y luz vivos, fecundos, inextinguibles.

Y precisamente el símbolo exacto del sol, del sagrado Inti del inca, para quien sintiera siempre en su espíritu los rayos de ese sol primero de América, creyendo con Martí que el Continente no caminará las mejores rutas en tanto no haga caminar al indio. Que es en esa raigambre genuina pretérita en donde hemos de buscarnos a nosotros mismos, en nuestra íntima misión y en nuestro último destino.



Ya se ha hecho con acierto y se seguirá haciendo la minuciosa relación del paso de don Joaquín por nuestra cultura, por lo que quien esto escribe apenas si se atreve a

evocar el recuerdo llano y sencillo del maestro, así con minúscula de humildad, en algunas de sus más modestas cátedras, que pueden ser las de charlas nocturnas en una lejana Escuela Normal de Heredia, en su oficina de la Biblioteca Nacional, la de editor del *Repertorio*, o en aulas de la Escuela Vitalia Madrigal de esta ciudad, en todas las que nos cupo la fortuna y el honor de ser su alumno—alumno que no pretende llamarse discípulo— pero que si alcanzó a sentir su presencia pura y superior, cordial, cercana.

Renazcan los fulgores solares de sus terrenos despojos en el afán de honrar su memoria en cuanto esté al alcance de nuestras limitaciones, pero sí con la lealtad y el afecto que merece quien se dio en amistad y servicio amplia y largamente, en esfuerzo singular y raro en nuestra humana contextura de gentes abúlicas o desesperanzadas, cuando no mordaces, mezquinas, petulantés.

Y que la puerta de su despacho a más del nombre de su *Repertorio*, ostente otro de los letreros que en su estima y respeto a los demás solía él colocar; perenne indicador que sencillamente diga:

"Ya estoy aquí para siempre".

LA POESIA ETERNA

EN EL ENTIERRO DE UN AMIGO

Por ANTONIO MACHADO

Tierra le dieron una tarde horrible
del mes de julio, bajo el sol de fuego.

A un paso de la abierta sepultura
había rosas de podridos pétalos,
entre geranios de áspera fragancia
y roja flor. El cielo
puro y azul. Corría
un aire fuerte y seco.

De los gruesos cordeles suspendido,
pesadamente, descender hicieron
el ataúd al fondo de la fosa

los dos sepultureros...

Y al reposar sonó con recio golpe,
solemne en el silencio.

Un golpe de ataúd en tierra es algo
perfectamente serio.

Sobre la negra caja se rompían
los pesados terrones polvorientos...

El aire se llevaba
de la honda fosa el blanquecino aliento.

—Y tú, sin sombra ya, duermes y reposas,
larga paz a tus huesos...

Definitivamente,
duermes un sueño tranquilo y verdadero,

Un Genio de la Música Italiana

El suave cantor de Amina

Por Lawrence Coen

El 23 de setiembre de 1835, a la edad de 32 años, asistido por un jardinero y por un bracero, moría en Puteaux, cerca de París, en casa de un amigo, uno de los más grandes genios que ilustró a Italia.

Hine, el mordaz y áspero Hinc, que con amargo sarcasmo sabía reírse de todos y de todo, no meditó para escribir que Italia había perdido uno de sus hijos más ilustres.

En verdad, si en la famosa triada de músicos, que la Italia gigantesca en la primera mitad del siglo 19 era la confusa aspiración, para reconducir la ópera italiana a su origen devolviéndola a aquel (recitar cantando) que había constituido la piedra fundamental, el siglo de la unión entre la palabra y la música. Si esta aspiración no hubiera encontrado una tarde una manifestación aislada en aquel soberbio capolavoro que es Guillermo Tell, si esta misma aspiración animaba a Gaetano Donizetti, tal vez con una expresión más llana y popular que Giuseppe Mazzini, podía entrever el renovador de la ópera en música, y este renovador fue Vincenzo Bellini que, en la breve gira de su vida mortal, mejor que otros acercó al pueblo a la misteriosa unión de la palabra con la música por medio de su melodía fácil, fluente, que toca y penetra lo íntimo del corazón.

Una afortunada coincidencia de circunstancias designaba en modo particular a Vincenzo Bellini para ser el heredero, el propagador del nuevo verbo ante el pueblo.

La ópera bufa que reinó mucho tiempo casi como expresión de una necesidad, de jocosa serenidad de los pueblos, que habían vivido de las agitadas vidas de revolución e imperio; la ópera sería que también para la paz y reposo querían las situaciones trágicas. En el ánimo del pueblo pedíanse a gritos nuevas y libres formas de la vida nacional.

La nueva ópera, la ópera que hubiera en sí iluminado todo un siglo gloriosísimo para el teatro, pedía profundidad de sentir, pedía delicadeza de sonido, fineza de expresión y pureza de forma. Solamente un ánimo gentil, vibrante, de una sutil y exquisita poesía, sensible hasta el extremo de toda humana sensibilidad, podría contentar las exigencias hacia las nuevas formas de la ópera y hablarle en lengua nueva y seguro de ser comprendido.

Vincenzo Bellini fue este ser bendito, vibrante como la legendaria arpa eolia que vibraba con el más sutil soplo del viento, que supo tocar el corazón del pueblo.

Es preciso, en primer lugar, referir el carácter personal de este maravilloso músico. Ya hemos hablado de su excepcional sensibilidad. Escuchemos una vez más la voz de Enrique Hine: El amaba mucho la vida, tenía mucha aversión a la muerte, no deseaba oír hablar de ella, tenía mucho miedo como un niño temeroso de la oscuridad. Era un amado y excelente joven, de una figura sutil,

vestía con elegancia, cara ovalada, mejillas rosadas, cabellos rubios casi color de oro, frente noble, nariz recta, ojos azul claros, boca bien proporcionada, barba redonda. Cuando conocí a Bellini, y antes también, sentía por él alguna inclinación, y esto sucedió cuando me convencí de su carácter noble y bueno y que conservó el alma pura de todo odioso contacto.

Hijo auténtico de la época romántica, este delicado realizador de poesía, de sentimiento profundo, de pura expresión, de delicadeza femenina, solamente se puede encontrar en la altísima ópera del Urbinato. Parece casi natural que de su alma saturada del canto, nazcan fluentes, fáciles, espontáneas melodías que no conocen la vulgaridad, que no se acomodan a las exigencias del público ni de los empresarios ni tampoco del dinero.

Vincenzo Bellini no escribirá las 64 óperas de Donizetti; Bellini escribe cuando su alma tiene necesidad de cantar, cuando la naturaleza, el amor, el dolor, despiertan el estro. Su música nace del alma inspirada; si la inspiración calla, calla también el cantor.

Referiremos ahora, sin negar el vivo y profundo romanticismo que emana de su historia, sin olvidar el carácter de Bellini, y sin pretender descubrir algo nuevo, lo que sus biógrafos dicen de él y de su vida sentimental.

Vincenzo Bellini, todavía estudiante del Conservatorio de San Sebastián en Nápoles,

probó la dulzura del primer amor, un amor de profundo idilio, por una señorita hija de un Magistrado, Maddalena Fumaroli, a quien por casualidad vió por vez primera desde la ventana de la casa de un amigo; tan pronto se vieron, ambos sintieron un amor grande; trascurrieron los días y Bellini, por medio de su prudencia y habilidad, logró interesar a los padres que accedieron a que diera clases de canto a Maddalena.

El encuentro cotidiano con la joven amada estrechó más los vínculos que a los dos jóvenes unían. La llama oculta se elevó en pureza de sentir, y la joven y el maestro fundieron en sus corazones todo el amor, todas las delicadezas, toda la suavidad, todo el entusiasmo de que puede ser capaz un corazón joven.

Los padres de Maddalena no consentían y enviaron a Zingarelli, Director del Conservatorio, a imponer a Bellini a que renunciase a su empresa. Pero ni Bellini ni Maddalena se dieron por vencidos y cultivaron secretamente sus amores. Los padres de Maddalena tenían razón de rechazar a un joven que, según ellos, no era capaz de ser más que un simple maestro de música. Supo Bellini lo que de él pensaban los Fumaroli y se propuso convencerlos del error del mejor modo con hechos y pruebas.

Durante el carnaval de 1825 hizo representar su primer trabajo, "Adelson y Sabini", cuya representación fue un gran triunfo para él, un triunfo tan grande que los empresarios de teatros fijaron la atención en él y el empresario Barbaia le encargó otras óperas. Con este triunfo Bellini creyó llegado el momento de pedir la mano de Maddalena a los Fumaroli. Pero una vez más, Bellini vencido, los padres de Maddalena rotundamente rehusaron. El sentía que su musa, que el teatro, tenían que darle la victoria sobre la obstinación de los padres de Maddalena.

La segunda ópera aparece en escena, "Bianca y Gerardo"; no Fernando porque la censura no permitía el

nombre del soberano en las tablas.

Gaetano Donizetti que escuchó los ensayos, no titubeó en escribir: Esta noche se representará en el San Carlo "Bianca y Gerardo" del maestro Bellini y es una ópera bella, bella y bella.

Con esto pensó Bellini que su largo sueño se realizaba, pero fue "rechazado". Los Fumaroli contestaron como la primera vez, es decir, que la hija del Presidente Fumaroli no podía casarse nunca con un pobre músico.

Me acuerdo, escribe Florino, lo histórico de Vincenzo Bellini: éste esperaba con ansia el éxito de este mensaje, y ya podemos imaginarnos con qué ansia, pero tan pronto apareció Marsigli lo leyó inmediatamente en los ojos del amigo, aunque éste trataba de disimular el infausto resultado. Lo ví palidecer, lo ví temblar, pero la fortaleza de su ánimo lo recapacitó pronto y me aseguró apretándome las manos que hubiera perdurado y vencido.

Así quedaron las cosas cuando el empresario Barbaia le hizo la propuesta de escribir para la estación de otoño una gran ópera para la Scala de Milán, y, en el caso de aceptar, salir para ésa. La voz de la gloria no podía despertar el eco de aquel alma dormida, y aceptó convencido que la vía de la gloria fuera para él aquella felicidad de amor.

Comprenderemos cuánto sufrieron aquellos corazones virtuosos y enamorados por aquella cruda separación resignándose porque creían que duraría muy poco, pero en el eterno libro del destino estaba escrito para siempre.

Sí, estaba escrito que en Milán, Vincenzo Bellini tenía que ascender a los cielos de la gloria, y que la gloria misma lo transportaba a nuevos vínculos de amor.

Con la imagen de la amada, con el recuerdo amoroso de su Maddalena, Bellini conquistó nuevos laureles con la ópera El Pirata. Maddalena gozaba

con los grandes triunfos de su Bellini. El amigo Marsigli, aquel que en varias ocasiones se presentó a los Fumaroli para ver coronado el antiguo voto de los enamorados, le hacía saber que, desgraciadamente, no se podía obtener nada de la familia Fumaroli; ellos se negaban rotundamente a que él se casara con Maddalena; Bellini contestaba que estaba dispuesto a no tener otra esposa que el arte.

Maddalena escondió la humillación llena de esperanzas y de ilusiones; esperó a que él regresara; esperó en vano; obstinadamente fiel, fiel hasta la muerte que en 1831 se fue a extender el velo gris sobre la gran tragedia de aquel corazón.

Vincenzo Bellini cerró así su primer capítulo de su vida sentimental.

El segundo capítulo le prometía horizontes llenos de exquisitas sensaciones al alma del poeta músico. Se acercaba a un incógnito que él no conocía pero que hacía vibrar suavemente las cuerdas de su sensible lira.

Fue en Génova una noche de abril de 1828 que Vincenzo Bellini conoció en el teatro Carlo Felice a la emperatriz del más exquisito amor que contribuyó para que el Catanés tuviera su periodo más glorioso.

El contrato con la empresa de la Scala, para quienes Bellini escribió la Straniera, fue patrocinado y costeado por Giuditta Turina, y fue bajo la impresión de Giuditta que Bellini compuso su ópera insuperable, modelo de música idílica, y que el delicado y sutil encanto de la Sonambula fue dado al mundo, mientras se cruzaba el afecto que Bellini sentía por la bellísima dama.

Fueron el amor que profesaba a Giuditta Turina y la dulzura del paisaje lombardo que inspiraron al catanés la noble melodía que se adorna La Sonambula. ¿Quién podría decir esto? Después del afecto por Giuditta Turina, la historia se enfoca. Dos Giudittas más entran en la historia de

Bellini: Giuditta Pasta y Giuditta Grisi, cantantes, la primera de gran nombre cuya gloria hasta hoy repercute, de menor fama la segunda. Ciertamente es que la Pasta reinó sobre el ánimo de Bellini por la maravillosa voz que poseía y que Bellini encontró en ella la más sublime intérprete de Norma.

Una noche, al terminar la ópera, Giuditta Pasta donaba al compositor una lámpara y un ramo de flores con las siguientes palabras: "Permita, eminente maestro, que le ofrezca lo que fue mi consuelo por el inmenso temor que todavía me persigue, encontrándome poco capaz para interpretar sus divinos conciertos, esta lámpara en la noche y

estas flores en el día fueron testimonios de mis estudios de Norma".

Hallándose en París una dama que deseaba conocer este juicio personal le dijo: "Si os hallareis en el mar con todas vuestras partituras y el barco naufragase..." "Ah!", interrumpió el italiano, "Lo abandonaré todo por salvar la Norma".

Sobre las tres Giudittas tenía que triunfar también, poco después otra fascinante intérprete de la música belliniana, María Malibrán, para quien Bellini soñaba escribir una ópera sobre el genio de María; pero desafortunadamente no llegó a realizarla.



CENTROAMERICANA

Una revista cultural, independiente, dedicada a los cinco países de Centroamérica y Panamá, cuyo único objeto es fomentar una mayor confraternidad entre ellos mismos, procurando a la vez que sean mejor conocidos en las demás naciones del Continente.

CARMEN SEQUEIRA

Directora-Editora

Chimalpopoca 34

LAS SIRENAS

Por Ramón Gómez de la Serna

Este ensayo va a ser la evocación cumplida de ese mundo fantasmagórico que integran las sirenas, las nereidas, las ninfas y demás seres extraordinarios que voy a destacar sin olvidar las ondinas que son las que mejor van a las ondas.

Las principales son las Sirenas.

La sirena es una ninfa del mar, mujer muy hermosa de medio cuerpo arriba y pez en lo restante, notable por la dulzura de su canto.

Las sirenas que representó el arte griego tuvieron figuras de ave, con cabeza, pecho y brazos de mujer y llevaban un instrumento músico en las manos.

Por excepción se las ve en figura humana y entonces pueden confundirse con las Musas, con las que no se deben confundir porque en Creta, en el cantón de Apta, sucedió que un día compitiéran las sirenas y las musas en habilidad musical y como vencieron las musas éstas arrancaron a las sirenas sus plumas para hacerse coronar con ellas. Eso hizo que las sirenas se volviesen atrabiliarias y desterradas a las costas escarpadas, fuesen malignas y vengativas. Ese desplumamiento fue también el que hizo a Plinio clasificarlas entre las aves fabulosas.

Las sirenas son tres según la opinión vulgar, aunque Homero sólo habla de dos llamadas al decir de Eustasio, Aglasferma y Telsiepia. Habita-

ban las islas sirenusas muy pequeñas, pedregosas y estériles.

En la Odisea es donde más claramente se las ve pasar y retozar, donde amanece mejor su supuesto canto antes de que las auroras muestren sus "rosados dedos" en el horizonte.

Circe dice a Ulises: "He aquí como todo se ha cumplido. Oye ahora lo que digo y lo que un numen te pondrá por sí mismo en la memoria. Encontraréis primero a las Sirenas, encantadoras pérfidas del hombre que se aproxima a ellas. Quien atiende imprudente a su voz y se aproxima a ellas, nunca jamás su bella esposa y caros pequeñuelos a la puerta de la casa, verá regocijados, esperando su vuelta. Pues encantan con su voz deliciosa, en verde prado sentadas, rodeadas de osamentas humanas y de cueros que se pudren en horrible montón. Pasa de largo y cierra los oídos a tu gente con blanda cera, porque no las oigan, óyelas tú, si quieres, mas procura ir atado en el rápido navío de pie, con gruesas cuerdas, a la base del mástil para oír a las Sirenas. Si pides a tus caros compañeros o les mandas soltarte, que te pongan cuerdas más resistentes todavía".

Después Ulises les cuenta a sus compañeros el presagio con estas palabras:

"Amigos, no conviene que sepamos uno tan solo o dos los vaticinios revelados por Circe; así es que ahora os los voy a decir y conocida por todos la verdad o moriremos o

escaparemos a la triste muerte. Nos ordena el oráculo divino evitar lo primero de las pérfidas sirenas de las praderas y sus cánticos. Yo solo debo oírlas: pero atadme firmemente con lazos resistentes a la base del mástil y si os pido y os ordeno soltarme, con más cuerdas deberéis sujetarme todavía".

Mientras así instruía a sus amigos en todas estas cosas, la galera empujada por viento favorable llegó de las Sirenas a la isla.

Al acercarnos serenóse el viento y un numen amansó las crespas olas. Alzáronse mis hombres y plegaron las velas, arrojándolas al fondo de la nave, y después con los pulidos remos las canas olas azotaban.

Una bola de cera con mi acero corté en seguida en diminutos trozos, amaséla en mis manos vigorosas y ablandóse al instante, con la fuerza con que yo la apretaba y con los rayos del Sol, de Hiperion hijo. Uno a uno tapo a mis compañeros los oídos y ellos, manos, pies al propio tiempo dejándome derecho contra el mástil con resistentes cuerdas me amarraron y volviendo a sus bancos azotaban el mar, blanco de espuma, con las remos y cuando navegando raudamente a la distancia a la que la voz alcanza, llegamos, no escapó nuestro navío a sus miradas y al instante alzaron las Sirenas su canto delicioso: "Ven, acércate acá, famoso Ulises, gran gloria de los griegos. Tu galera detén para que escuches nuestro canto meli-

fluo, volviéndote deleitado y sabido de mil cosas, porque sabemos todas las fatigas que Griegos y Troyanos resistieron en Troya por decreto de los dioses y cuanto ocurre en la espaciosa tierra".

Esto decían con hermoso canto: y yo ansiando escucharlas ordenaba enarcando las cejas, a mis hombres que me soltasen; mas remaban ellos sobre el banco encorvados y al instante Perimedes y Euriloco con nuevas cuerdas me ataron a robusto palo. Y cuando ya pasamos y no oímos la voz de las Sirenas, ni sus dulces cantos, mis compañeros al instante se quitaron la cera del oído y a mí me desataron de los lazos".

Así fue como Ulises pasó de largo ante las Sirenas, sobrinas de los dioses, sobrinas infernales. Por eso cuando Proserpina fue robada jugaba con las sirenas a orillas del Aqueloo.

Helena cuando va a matarse invoca a las sirenas para que mezclen sus acentos armoniosos a los gemidos en que ella se debate.

Todo lo que se llama "Sirena" adquiere inquietud. La misma sirena de barco da un do de pecho de sirena lleno de potente lástima, desgarrador de los mares.

Cuando en el barco hemos leído la señal sirenaica de la alarma hemos pensado que si esa señal de naufragio sonase sería que la última sirena nos llamaría.

La sirena responde a la idea de seducción y muerte cruel.

Pasado el tiempo heroico de las mitologías, hablan de ellas los exploradores.

En 1403 Portes Jonston dice haber encontrado en el lago de Holanda una sirena a la que domesticó tanto que se dejó vestir y aprendió a hilar y se acostumbró al pan y a la leche aunque siempre fue muda, al contrario de otra que pescaron en Dania y que hablaba prediciendo las cosas venideras mientras hilaba.

Bartkolino en sus miscelá-

neas describe una que se dejó ver en el puerto de Hafnia en 1661, con el cabello rojo y la cola en dos ramas.

Otros explotadores las encontraron con cabellos azules y en Zuiderse un día que los diques se rompieron encontraron una sirena que infiltró en el pueblo mezclado a la año-

**"Arriemos las velas, arriemos las velas
y boguemos otra vez, boguemos.
Aunque fuésemos poderosos en tierra firme
Nuestro corazón nos empujaría siempre al mar".**

En realidad la sirena contemporánea nace en los Folklores de lo que le sucede a esa niña que se pasa el día jugando en la playa y a la que su madre grita: "¡Así permita Dios que te hagas pez!" Y esa misma tarde entra en el mar y la brotan escamas y cola y ya nunca más vuelve.

Las ninfas son hermanas de las sirenas, son las sirenas de los ríos y Loreley, la encantadora, fue ninfa. En realidad las sirenas se diferencian de las ninfas en que los besos de las sirenas son salados y los de las ninfas dulces, los unos y los otros siempre fatales.

Hay muchos más seres misteriosos parientes de ninfas y sirenas, y como especialista en lo fantasmagórico voy a repasar sus nombres, que merecen por su armonía la evocación en este repaso sirenaico.

Existen las Ninfas que son cualquiera de las mujeres desnudas que según los gentiles residían en los bosques y montes, los Elfos que son vagos genios o deidades de la mitología escandinava, las Oreadas ninfas de los bosques cuya vida duraba lo que el árbol al que se las suponía unidas. —¡Oh Dafne mitológica! — Las Nereidas sirenas con pies en vez de cola que cosían festones en el ruedo de la Veste de Cercos y que llevaron el bello nombre de Nereidas por ser hijas de Nereo, el dios marino hijo del Océano, las Náyades que son las ninfas que presiden los ríos y las fuentes; las Silfides que son ninfas fantásticas que vagan por los aires y las simples Ondinas que vagan por los lagos, etc., etc.

ranza del mar el deseo de arrojarse a sus olas y fueron muchas las mujeres y los hombres que de generación en generación fueron envenenados por aquella sirena y se suicidaron.

Aún cantan los que recuerdan la leyenda:

En Nápoles se presiente la presencia de las sirenas y por eso he vivido allí varias veces, la última largo tiempo.

La Partenope que dio nombre un tiempo a Nápoles vive próxima y está mezclado su encanto al azul de las noches del golfo.

Silvio Salvaneschi dominado por el encanto de Nápoles y de la Gruta Azul de Capri ha escrito "El Baño de las Sirenas".

El hombre pez de Lierganes fue un hijo de padres pobres que un día fue a bañarse y como no volviese por su ropa se lo consideró muerto.

Más tarde aparece en Cádiz donde lo captura un barco de pescadores y lo llevan a un convento para conjurarle por si está poseído por el demonio y donde no pronunció más que la palabra "Lierganes" que dio la clave de su procedencia.

Más travesías se cuentan de ese hombre pez, pero hay quienes no creen en ninguna y se le diagnostica cretinismo amalgamado con ictiosis, explicando por sus dotes de nadador el que desapareciera en los mares, contando además con que los organismos con tiroides de función escasa —y esa es la lesión fundamental de los cretinos— tienen poca necesidad de oxígeno.

El hombre de ciencia duda hasta de esos conatos de tritón —el esposo de la sirena— que ha habido, como aquel del que relata la historia Pedro Mexia, que escondido en una cueva de ardillas acechaba a las mujeres que iban a una fuente próxima y cuando ob-

Queden archivadas por lo tanto aquellas sirenas que se servaba a alguna sola y vuelta de espaldas con silenciosos pasos, se llegaba a ella y lascivamente la oprimía, y aquel otro que se sumergía largo tiempo en el mar y un día, tentado por el Rey don Alfonso de Nápoles que tiró una copa de oro al agua en el remolino de Caribdis, perdió la vida buscándola.

En la costa occidental de Ceylán, en 1560, unos pesca-

**Celosa Circe de la hermosa Scila
vertió veneno en una pura fuente
que el lilibeo Sóculo destila.
Y bañóse una siesta en la corriente
de suerte entre las aguas se aniquila
que sólo desde el pecho hasta la frente
quedó mujer; que lo demás es fama
que en pez ligero se vistió de escama.**

Las sirenas han sido espantadas por los tiempos nuevos y los submarineros, asomados a las ventanas de sus submarinos, no han visto ni una.

Han sido ya tan transitados los mares y ahora se las atisba tanto desde los aviones, que ya no puede aparecer una sirena como no sea una nueva sirena aluda que revolotee alrededor de los aeroplanos trascontinentales y transoceánicos.

Ya no se pueden hacer obras a base de sirenas.

Vivieron mucho tiempo en la leyenda y en la suposición.

Hicieron buen papel elevando la heroicidad de Ulises, manteniendo la paciencia y los sueños de los pescadores chinos y fueron socorrido tema de los poetas mayores y menores.

La última sirena del Arte debe ser la de las películas, esa sirena realista, enfocada por los grandes objetivos, la del buen cuerpo con escamas y cola —demasiada cola— fotografiada sin poder respirar en el fondo de la piscina, más verdadera que fueron jamás las verdaderas sirenas. Precisamente esa evidencia de las sirenas ha acabado con ellas.

Después de aparecer real, casquivana, sumergiéndose en el agua inesperadamente re-

dores sacaron de una sola redada siete hombres-pezu y nueve mujeres marinas.

Los astrólogos creían que estos seres maravillosos eran así porque nacieron bajo el signo de Piscis.

Las sirenas existen porque no habría mar si ellas no existiesen. Nuestro Lope de Vega es el que con mejor y más en síntesis ha descrito cómo nacieron:

cibió el adiós definitivo.

Quedan archivadas por lo tanto aquellas sirenas que se aparecían a los holandeses que hilaron en el comedor de sus pintorescas casas y que a veces quedaron disecadas en la sala de un museo.

La sirena fue una aberración de la imaginación que ha atraído y repugnado alternativamente a los hombres, buscando una mujer salada como si no les bastasen las saladísimas y hermosas mujeres que pululan por la tierra.

El mar es muerte, amenaza, engaños y feroz abismo.

Todas las mitologías quedaron pegadas a la sirena que fue la única sobrevivencia del paganismo.

Era una oposición a Dios, pues si Dios es Dios único, la mujer de tierra fue la única creación de Dios. Esa mujer de agua lo subvierte todo. No puede existir esa dualidad.

En realidad la sirena había nacido como un eco de la mujer de secano, una coquetería más que la adornaba en su misterio casero y por eso la bella bañista entierra en arena sus piernas para que se duende de ella y se la suponga con cola de pescado.

Durante muchos años la literatura aprovechó el bello tema de las sirenas pero últimamente se puso a abusar de

La Flauta de Jade

POEMAS CHINOS

Traducción de Manuel Alcalá

NOCTURNO

Indolente, con su laúd en la mano, la niña descorre la cortina de perlas para que el aroma de la primavera inunde su alcoba. Pero ha visto la luna y es la melancolía la que ha entrado.

Con el rostro apoyado en su brazo, evoca un jardín bañado de luna en el que escuchara antaño palabras de amor.

LA JOVEN DESNUDA

Para ir al encuentro de su prometido, bajo el viejo sauce que llora cabe la ribera, la niña se puso sus dos más bellas túnicas.

Cuando el sol comenzaba a ocultarse, charlaban, todavía, dulcemente.

De pronto, la niña se levanta ruborizada porque ya no tenía su tercera túnica: la sombra del viejo sauce.

LA SOMBRA DE UNA FLOR DE NARANJO

Sola, en su alcoba, la niña

borda flores de seda. De pronto, escucha una flauta lejana... se estremece. Cree que un doncel le habla de amor.

A través del papel de su ventana, la sombra de una flor de naranjo viene a posarse en sus rodillas... Cierra los ojos y cree que una mano desgarrar sus vestiduras.

EL POETA SE LEVANTA TARDE

Los pajarillos que gorjean en los árboles, me despiertan.

El sol calienta ya el tejadillo de mi ventana. Me despezo y vuelvo a cerrar los ojos. Mi cobertor es suficientemente grueso y mi almohada es blanda y tentadora.

Es el momento, exquisito entre todos, en que soy incapaz de pensar. No sé más si soy viejo o joven. Aun ignoro de qué lado se encuentra mi lecho.

Me parece entonces, que los siete agujeros de mi cabeza no existen ya y que mi mu-

jercita, dentro de un momento, me tomará por una gran crisálida de mariposa que espera la primavera.

CUANDO LOS CUERVOS SE POSAN...

Cuando los cuervos se posan sobre la torre de Ku-Su, las danzas de la hermosa Fei-Yen embriagan ya al Emperador.

La aguja de plata de la clepsidra de oro lentamente ha anunciado la llegada de la noche. La luna se ha sumergido en las aguas del Kiang. El viento del alba ha apagado las estrellas y Fei-Yen, infatigable, no ha cesado de danzar.

Ahora ella duerme junto al Hijo del Cielo. La sombra de una flor de durazno baila sobre su mejilla.

EL POETA PIENSA EN SU AMIGA

Va a llover. El viento hiere las flores de mis jazmines y

se lleva los pétalos de las peonías. Levanta las cortinas de las ventanas y hace ondular las cabelleras de las jóvenes.

Estoy triste. Pienso en mi amiga... El cielo azul, el verde mar y las blancas montañas nos separan. ¡Ah!, si esas aves pudieran llevar a mi amiga las cartas que le escribo. Si este arroyo pudiera llevarle los pétalos de mis peonías.

Las magnolias brillan en la sombra. Sin embargo, no tocaré mi laúd. Contemplo la luna que es una flor de magnolia.

No cantaré, no tocaré. Quiero estar sola con mi tristeza.

ES LA HORA

¡Levántate, esposa mía! Es la hora. Deja tu larga aguja en el cojín que bordas y trae-me mis armas.

Pon los dos sables en mi cintura de modo que sus empuñaduras no me estorben al pelear.

Con emoción te ves arrodillarte ante mí. Pero retornaré ¡niña mía!

Suspende de mi espalda ese arco que bien pronto arrojará miles de flechas.

Dame el saquillo que he llenado de arroz.

Anuda sólidamente las correchuelas de mi aljaba.

He regado para ocho días nuestras legumbres y no me he olvidado de transplantar los crisantemos.

Ahora ¡tiembla y escóndete!, pues voy a adoptar el gesto feroz con que iré al encuentro del enemigo.

ellas en el cuento, la novela y el teatro.

El divagar literario encontraba muy socorrida la ilusión de la sirena, su presencia entre los hombres y un día su huida misteriosa.

Psicoanalíticamente la sirena representaba una incom-

pensación del ideal de una mujer que no perteneciese a la casta de sus amadas, frígida y apasionada, sin el pasado que se matiza con celos humanos. Toda una vida de fracaso, de mortificación doméstica, de ingratificación se resumía en la sirena literaria.

Así esos escritores fáciles se

fueron poniendo cursis, insoportables, acariciadores locos de una merluza femenina y el símbolo se fue empequeñeciendo hasta ser del tamaño de una sardina.

La sirena ha llegado a ser una misteriosa cabaretiera que en vez de decir que su padre fue comandante dice que su

papá fue Neptuno y que tuvo cuna de nácar y oro.

Por eso ha llegado la hora de apuntillarla y de comérsela con arroz.

Nada, nada de sirenas líricas, pues ya han pasado al mundo de las formas muertas.

Joaquín García Monge

Por Salvador Jiménez-Canossa

"Un día... un día...
en que levamos anclas para jamás volver...
Un día en que discurran vientos ineluctables...
Un día en que ya nadie nos puede detener!"

BARBA JACOB.

Caído el árbol, todos sacan su astilla, pero a la vez mueren los yerbajos que a su sombra lozanos medraron.

García Monge, cuyo nombre fue traído y llevado por muchos y con varias intenciones, dichoso fue! Es y será objeto de controversia. Maestro por excelencia pudo ver en su América el eco de su voz. Gracias a él varios gobiernos de fuerza comidieron

sus actos, temerosos de censura. Su voz de grillo escondido, multiplicada como las trompetas bíblicas, hizo caer las puertas de muchas prisiones políticas.

Editor magnífico! **Ariel, El Convivio**, etc. ... El primero puso en vigencia las ideas de Rodó, a quien le unieron fuertes lazos espirituales, es decir, el arielismo quien abre sus alas en sus epítomes bajo di-

ferentes firmas avaladas por un hombre: García Monge; el epígrafe: "In Angello Cum Libello", nos invita a buscar el rincón en compañía del libro amigo, bien sean los clásicos o los modernos. Y las firmas de: López de Meza, Rafael Barret, Flaubert, Ingenieros y algunos costarricenses: R. To-var, Brenes Mesén — ambos con sus apuntamientos filosóficos, O. Jiménez, R. Coto, Magón, Vincenzi, etc. nos dan

la mano desde **El Convivio**.

Congregador de ideas, García Monge deja a un lado los chismes en un afanoso intento de reunir a todos los escritores sin distinción de credos religiosos o políticos y nace **Repertorio Americano** en setiembre de 1919. Lugones, J. Ibarbourou, O. Jiménez, O. Dengo, Umaña Bernal, Brace, inician la gigantesca tarea, que a lo largo de 39 años va a soportar. Pobreza, angustia, cargando con la joroba de los demás, pero siempre con dignidad, sin agachar la cabeza ante poderosos ni vanagloriarse.

Ahora tu voz, "don Juaco", inaudible le dirá a los espíritus de todos, a los que te queríamos y a los que te negaron sin distinción, la parábola del ser útil por el afán de serlo sin esperanza de recompensa. No podrá tu viejo corazón dejar de palpar ante las necesidades del hombre, imperiosamente seguirá su labor irremplazable.

Conceptos de Monseñor Víctor Sanabria Martínez sobre "Autos Místicos"

No es faena tan sencilla escribir autos místicos. Picaron en este género muchas medianías y algunos grandes maestros. Aquellos, fascinados por la sencillez de los temas, dieron a la luz creaturas antes muertas que nacidas. Estos midieron sus fuerzas y pusieron a contribución sus ingenios, conscientes de que lo simple en literatura requiere habilidad suma para no dar en aquella sutilísima línea en que lo sublime se confunde con lo ridículo, lo sencillo con lo simple, lo popular con lo ramplón.

Según mis noticias es nuevo en Costa Rica el género literario que con tan buen acierto ha venido cultivando en los últimos tiempos el señor

Licdo. don Alfredo Saborío. Mas, a juzgar por el esquema y desarrollo del auto místico "La Virgen de los Angeles" y por la ductilidad y adaptación del verso a las varias fases históricas, sentimentales e histórico-sentimentales de la composición, el autor no parece nuevo en el género. No vamos a incurrir en el extremo, que el autor en verdad no nos habría de agradecer, de afirmar que nuestro auto sea una obra maestra. Ciertamente pasa con mucho de simple ensayo. En el autor hay tela y pasta para obra de mucho aliento. Labor tanto más digna de encomio cuanto que no es fácil tarea esa de dar de mano al estilo curial que constituye segunda naturaleza en quienes viven y mueren entre

VINOS DE

FRUTAS NACIONALES

★ **Vino de Marañón**

★ **Vino de Naranja**

★ **Vino de Mora**

Calidad Finísima

a precio moderado

FABRICA NACIONAL DE LICORES

códigos y sentencias. Grande esfuerzo de voluntad necesita para lograr esa autoliberación literaria. Son dos temperamentos literarios, no precisamente opuestos pero sí muy diversos, los del señor Saborio: el de su oficina, en donde es abogado y de los buenos y el de su casa, en donde es poeta. Como poeta no aboga, como abogado no poetiza.

El poeta nace, no se hace. Poeta nació el señor Saborio. Pero tardó un tanto en dar con la partida de nacimiento en los archivos de las musas. Con ella en las manos se ha dado traza y maña para recobrar el tiempo perdido. Y a fe que lo ha conseguido. No es novato en las letras, digo en las altas letras, ni mucho menos, quien arremete con tantos bríos y tan envidiable fortuna, contra las limitaciones del horizonte poético de nuestros lares.

Difícil empresa la de escribir autos literarios. Supone dominio pleno de la épica, grande de la lírica y bastante de la dramática. En ellos, para que sean perfectos, hay que unir los tres géneros, pero sin confundirlos, sin que prevalezca la lírica sobre el drama, ni uno ni otro sobre la épica. De otra manera se obtendría sólo un mosaico de versos carentes de unidad en la acción. Con tal suavidad, delicadeza y maestría se han de introducir los tonos y matices de cada uno de dichos géneros de poesía, que el más descuidado observador advierta que la obra no es el resultado casual de la pura y limpia yuxtaposición de versos.

Quien escribe autos místicos ha de renunciar a muchas de las libertades a que creen tener nativo derecho los poetas. Atado está a las exigencias de la ortodoxia más rígida en el fondo y en la forma. Licencias poéticas que en otras obras, sin rayar en herejías, pueden ser muy felices, como las del ciclo renaciente, huelgan en estas composiciones y catan fuera del vaso. Hay más todavía. El auto místico es, para el gusto moderno, arcaico como el que más. La inclinación y afición de los poetas modernos no va por esos rumbos, y hace ya

tanto tiempo que no se ejercitan en esta clase de producción literaria, que quien anhele introducirse por estos predios y cortar flores en estos huertos debe estudiar primero los secretos de la composición en que fueron maestros los de la Edad de Oro. El alma del poeta se desplaza. Vive y hace vivir días que fueron, y no son ahora los suyos. La misma estructura del verso ha de acomodarse, sin violencia, a los originales de los viejos maestros, pues si el escritor da en la flor de anacronizar presentando lo antiguo con ropajes y olores de los tiempos nuevos, ni el tema se hallará muy a su gusto en los moldes al uso ni la versificación podrá expresar con precisión las tonalidades del alma antigua.

El tema de la composición del señor Saborio, si es original en su trama no lo es en su fondo. Ni podía serlo. Recogió en la historia y en la leyenda los elementos primarios, la imaginación creadora forjó e idealizó los detalles que bien pudiéramos llamar de escenario.

La historia y la leyenda de Nuestra Señora de los Angeles ha brindado material de inspiración a algunos de nuestros mejores poetas. Citemos por citar uno sólo a don Carlo Magno Araya. Pero ninguno se atrevió a tanto. De seguro el señor Saborio conoce a fondo toda esa producción. Ha tenido, sin embargo el difícil cuidado de no dejarse prender en las mallas de la imitación servil en aquella parte que, sin perjuicio de la estructura general de la obra, pudo haber copiado. Se habría logrado con ello la uniformidad de tonos esenciales entre los motivos e idealizaciones de los que procedieron y la concepción fundamental del autor, pero eso no habría podido suceder sin que desmereciera, y mucho, la originalidad, que es elemento indispensable en el auto místico cuasi sacramental.

Muy felizmente el autor ha obviado todos esos escollos. Con notable naturalidad se entra por ese campo, nuevo para nosotros, y en casa antigua se encuentra tan dueño y

señor de sus facultades poéticas como el mejor castellano de los tiempos de Calderón de la Barca.—Ortodoxo...? Sí que lo es. Venga un jurado de teólogos y no hallará muchas pajas para encender siquiera el inútil fuego de las discusiones dialécticas.—Arcaico...? No, si tomamos la palabra a mala parte: sí, en el sentido que antes explicábamos y alabábamos. Se han hermanado los siglos, el diecisiete, y el veinte, se ha respetado la unidad de tiempo, lugar y acción, y lo que es más, en todo cuanto reservó el autor a su imaginación creativa, se ha tenido cuenta de la verosimilitud. La historia y la leyenda en esta composición, como en la ya famosa del padre Miguel de Bonilla y Bolívar, nuestro célebre "Padre Tiricia" no han quedado maltrechas, como bien habría podido suceder si el autor profesa en su integridad aquel dicho del autor de la Epístola a los Pisones: "Pictirbus atque poetis quidlibet audendi semper fuit, aequa potestae" y si alguna vez ha usado de aquella "potestas" ha sido siempre una "aequa potestas".

Será el autor poco más o menos feliz en la elección de los detalles de imaginación: algún monólogo o diálogo pareciera tal vez desbordar las posibilidades sentimentales de los actores, según lo que en aquella época se estilaba; alguno de esos caballeros habla quizá en términos más subidos y un tanto remilgados de lo que por regla general alcanzaba el caletre de un segundón, pobre, de ropilla archirremendada, o un hidalgo de montaña, pero línea más línea menos, ahí están las brumas de Cartago, del año de gracia mil y seiscientos y treinta y cinco años; por los vericuetos, que no calles, del barrio de la Puebla, campan por sus respetos los legítimos pardos de sangre "angola" y entronque "bozal"; los caballeros y caballeretes, los licenciados y escribanos, los tenientes y soldados de ballesta herrumbrada, gastan todavía las más finchadas tiesuras de los primeros conquistadores; se funden ya las razas, y de este maravilloso connubio del "gallo de castilla" con la "pava de la selva" la providencia nos depara un tipo demócrata

hasta los tuétanos, que en mil ochocientos veintidós le quita el "don" a cuantos por derecho legítimo o por usurpación más adelante manda y ordena, en virtud de no sé qué Ley de Partidas que al Presidente de la República se le llame "ciudadano" a secas, sin los perifollos de la cortesía aristocrática. La democracia costarricense es el milagro de Nuestra Señora de los Angeles, la más democrática entre las imágenes de la Virgen, tan popular y demócrata que se contenta con el tratamiento asaz pueblerino de "La Negrita".

Llévese a las tables el auto místico del señor Saborio, Saborido, como dicen las partidas antiguas de esta ciudad de Alajuela, y si a quienes asistieren a la representación no se les remueven "los profundos" del alma, culpa será del perfume parisino, parisino y no parisiense, con que para desgracia nuestra rociamos los costarricenses nuestras humanidades muy respetables, en el vano intento de ahogar en la moda de París el olor fuerte, sano y no refinado, de las gladiolas de Cot, de las reinas de la noche de Barba y de las rosas silvestres de Aserri, que fue el único perfume con que nos criaron nuestros padres al tiempo que no recordaban, para humillación de nuestros aires "chapetones" y estimación de la sangre mestiza o parda que por nuestras venas circula, que el ombligo del costarricense está en Aserri, en Cot o en Barba y a veces en Barba y en Cot y en Aserri. En conclusión, el AUTO MISTICO cuasi sacramental reclama a grito herido que olvidemos un tanto a París de Francia, a Londres de Inglaterra, a Berlín de Alemania y a New York de Yanquilandia, y pensemos con más humildad, es cierto, pero con más propiedad, en el Guarco, en la Boca del Monte, en Pacaca y Curridabat, y en tantos otros nombres que, para nuestra vergüenza, yacen empolvados en los anaqueles genealógicos de la mayoría de los costarricenses.

Alajuela, noviembre 8, 1938.

Víctor Sanabria M.

Brújula Quieta

Sobre la sentidísima muerte de don Joaquín García Monge, nos escribe Cardona Peña:— México, D. F., 12 de Nov. 1958. — Con esta fecha me entero de la muerte de nuestro amado viejo García Monge. Nada sabía. Vivo fuera de la ciudad y compro en forma eventual los periódicos. Me dio la noticia Otto Raúl González, poeta guatemalteco que trabaja en mi departamento, cuando comíamos en el restaurante de la Editorial. "Novedades" publicó una nota muy sentida el domingo, y "Excelsior" otra, en sus respectivos suplementos literarios.

Pero no estoy enterado de nada, ignoro los detalles. Como algo curioso y que mucho me impresiona, les diré que el día primero de este mes le escribí una carta a don Joaquín, quejándome de su silencio, poniéndome a sus órdenes, ofreciéndole colaboración. Y hace menos de un mes hablé con don Jesús Silva Herzog, quien me dijo haberlo encontrado no muy viejo ni cansado, aunque sin ánimo. Don Jesús estuvo por ésa.

Y en fin, aquí me tienen lleno de tristeza y como con orfandad, pues don Joaquín era algo nuestro, el tío abuelo de nosotros los que escribimos. Algo tenía de árbol paternal...

Mándeme si puede páginas de periódicos y demás noticias. Yo escribiré algo, no sé ahora qué cosa, pero escribiré sobre él.—**Alfredo Cardona Peña.**

San José, C. R.,
28 de Octubre de 1958.

Señor
Don Arturo Echeverría Loria
Secretario del Consejo de
Redacción de BRECHA.
Ciudad, Ap. 1157.

Muy distinguido señor:

Aún cuando no tengo el honor de conocerlo me permito saludarlo muy atentamente y expresarle por este medio mis congratulaciones por la edición BRECHA correspondiente a Setiembre del presente año, pues hay motivos justos para ello.

Uno de éstos es: **Tradiciones Costarricenses, Centenario de don Máximo Fernández**, por el atildado y veraz escritor Gonzalo Chacón Trejos.

Me deleité leyendo tan bien escrita crónica saturada de verdades indiscutibles.

Teniendo yo 14 años de edad surgió en mí ser la admiración por el gran patriota y caudillo del inmenso Partido Republicano de Costa Rica y, no siendo ciudadano en ejercicio por mi corta edad, me dediqué con toda el alma a hacer propaganda en mi ciudad natal, Esparta, allá en la cálida zona del Pacífico costarricense. Discutía y polemizaba con los clericalistas, levantando muy en alto el nombre de don Máximo y del glorioso pabellón republicano; esto ocurría en aquella memorable jornada del año 1905.

en ejercicio, logré que mi padre y mi hermano, así como otros parientes fueran republicanos fernandistas, y el domingo 7 de diciembre de 1913, votamos con mucho gusto por don Máximo y sus papeletas para Diputados y Municipales, alcanzando una completa victoria en todo el Cantón de Esparta sobre los bandos contrarios fusionados y luchando contra las Autoridades de Policía que nos fueron hostiles, y, las Juntas Electorales que en mayoría nos aventajaban, empero, el factor número nos favoreció dándonos una victoria aplastante.

La biografía de don Máximo Fernández publicada en BRECHA es una lección de "Educación Cívica" para los costarricenses, especialmente a los jóvenes. El nombre del caudillo es una luminaria que se destaca con destellos propios en el cielo azul de la bienamada patria.

Don Máximo se nos fue de este "valle de lágrimas y congojas", pero su nombre vive en el recuerdo que se agita y

Llegó después el 1909 y aún menor de edad, me alisté en las filas del gran Partido Republicano y acuerpé al Lic. don Ricardo Jiménez, haciendo la más decidida propaganda y muy satisfecho quedé de ver llegar a la Presidencia de la República a tan egregio estadista. Ya en 1913 alcancé la mayoría —20 años— y acuerpé de nuevo al Lic. don Máximo Fernández Alvarado; fui inscrito como ciudadano

DESEA UD. CASA PROPIA?

Lea cuidadosamente lo siguiente:

Con cuotas mensuales de ahorro de ₡ 51.70 c/u., podrá obtener un préstamo de ₡ 20,000.00.

Si Ud. desea un préstamo de ₡ 30,000.00, las cuotas de ahorro podrán ser de ₡ 77.50 c/u.

Y si Ud. desea un préstamo de ₡ 50,000.00, entonces tendrá que ahorrar ₡ 129.20 al mes.

Compre o construya su casa con estas grandes facilidades que le ofrezca el **Sistema de Ahorro y Préstamo del Instituto Nacional de Vivienda y Urbanismo.**

PIDA MAS INFORMES AL INVU O A SUS AGENTES AUTORIZADOS.

Instituto Nacional de Vivienda y Urbanismo

Teléfono: 7052

Apartado: 2534

San José

se estremera en lo más recóndito de mi corazón.

Con muestras de mi más distinguida consideración y simpatía soy su atento servidor,

José Angel Lagos U.

BRECHA se ha unido con todo entusiasmo al homenaje que se ha tributado a García Monge, al declararlo benemérito de la Patria, la Asamblea Legislativa. Aplaudimos sin reservas la distinción que se ha ganado don Joaquín a través de sus fecundos años de lucha por la cultura costarricense.

Ahora nos permitimos sugerir que se editen sus obras completas: "El Moto", "Las Hijas del Campo" y "Mala Sombra". Escritas todas en los primeros años de este siglo; la mayoría de los costarricenses no las conocen y es necesario conocerlas, pues forman parte de la historia y la vida de nuestro pueblo.

"Don Joaquín García Monge es el creador de la novela realista costarricense, tanto en el fondo como en la forma. Es Joaquín García Monge a cuya obra se debe la evolución idiomática que diferencia radicalmente la literatura del siglo actual de la que había producido en el siglo diecinueve".

Es verdad que el padre Garrita y Manuel González Zeledón con algunos cuadros de costumbres habían tratado temas populares y realistas y que el primero imitó la dicción campesina; pero García Monge fue quien le dio impulso y categoría estética a los ensayos iniciales" (Tomado de la Historia y Antología de la Literatura Costarricense):

Los escritores nacionales podrían hacer un movimiento para que la Universidad o alguna casa editorial publiquen las obras completas de don Joaquín; esto completaría el homenaje que ahora se le acaba de tributar en la Asamblea Legislativa.

Nos enteramos de buena fuente que saldrán dos números más del "Repertorio Americano" dentro de poco tiempo. Una de esas ediciones estaba casi lista cuando murió el maestro: ahora saldrá con una nota en que se da cuenta de su muerte. La obra se hará con autorización de la familia y bajo la Dirección de su hijo el Dr. Eugenio García Carrillo, y ella incluirá todos los mensajes que de muchas partes del mundo enviaron los intelectuales para mostrar su dolor por la muerte del viejo maestro. También se hará un recuento de su vida y de los honores que recibió de los círculos intelectuales y gobiernos de otros países.

Entre los amigos de don Joaquín se ha sugerido que sería también muy interesante publicar la valiosa correspondencia que en sus archivos ha quedado; esto, se nos ha dicho podría hacerse en forma de cuadernillos bajo el título también de "Repertorio Americano".

Tres años de Oro y Barro. Tiene que llenar de satisfacción a cualquier costarricense que se inquiete por la suerte cultural de su país el hecho de que dos empresas nacionales que favorecen las letras y las artes estén cumpliendo, por un lado, dos, y por otro tres años de existencia.

"Oro y Barro", la singular colección de pequeñas obras de poesía y prosa de nuestros escritores contemporáneos que se debe a los desvelos, angustias económicas y talentosas industrias de Antidio Cabal, ya se mueve en el terreno de su cuarto año de vida, como aventurándose hacia una ado-

lescencia que se le muestra muy halagadora. Con cinco tomos en su inventario, "Oro y Barro" ya han adquirido el derecho a ser llamada una colección permanente, sobre todo si, como parece, su conductor le da el soplo de la permanencia con dos o tres proyectos que están gestándose para publicaciones que llenarán todo el presente año.

En marzo de 1955 editaba Antidio Cabal el primer tomo, que no sólo marcaría la pauta de la calidad que ambicionaba sino que también ponía en el tablero público el nombre de una autora hasta entonces no conocida en el mundo de nuestras letras: Ana Antillón. El "Antro Fuego" era de todo menos el primer libro de una principiante. La aventurada concepción del libro, el logro de metáforas de una imaginación nada común, y en muchos párrafos, la sensación de la verdadera poesía, daban una nota trascendente a aquel acto inaugural de la colección.

Luego vino "La Aguja", de otro escritor sin cartel, Raúl Morales, que, sin embargo, sentaba reales de sólida promesa con una sola muestra de su talento, el poema que le daba título al libro.

Alfonso Ulloa Zamora escribió el libro número tres, la única prosa que ha aparecido hasta el momento en "Oro y Barro" y que es, dentro de las producciones de su autor, una obra de proyecciones menores, un sentimental y agradecido recuerdo autobiográfico.

Con "Otro Sol de Faenas", de Eduardo Jenkins Dobles, el poeta de "Riberas de la Brisa" y "Tierra Doliente", se hacía el cuarto volumen. Un

libro que contenía un poemario ejemplar, "Diálogo con Francisco", en realidad monólogo del autor sobre el tema social, de cuyo encuentro salía airoosamente librado.

Finalmente, en abril de este año, Isaac Felipe Azofeifa decide recoger sus mejores poemas, los de años mozos y años maduras —el autor frisa los cincuenta— para darle a "Oro y Barro" la edición número cinco. Azofeifa se lanza también por el camino, lleno de aristosas piedras, de la poesía social, y logra, en un tono mesurado y sereno, sin aspavientos ni ademanes excesivos, componer versos de excelente factura que, además, tienen un hondo significado para el hombre contemporáneo. Lo cual no le impide tejer la metáfora brillante, el acierto plástico "sólo la luna sonámbula sobre los cerros vela".

Por todo lo demás, "Oro y Barro" tiene características que le otorgan un valor físico especial. Es una colección en donde el esmero tipográfico va de la mano del valor estético, para producir un libro que se vea bien, que invite a la lectura. Las viñetas de las portadas han sido dibujos de Dinorah Bolandi, Fernando Arce, Ana Antillón y Francisco Amighetti, en todos los casos buen trabajo artístico.

Como otras realizaciones nacionales en el mismo campo, —El Arlequín, BRECHA, Las Máscaras— "Oro y Barro" cuenta con un distintivo apoyo de grupos de personas que dan su aporte material y desinteresado a la empresa. Gracias a él, la colección se ha mantenido durante estos tres primeros años de existencia.

Que tan buenos esfuerzos, ya en camino de una consagración en el tiempo, sean retribuidos por el auxilio espiritual de todos los hombres de letras de Costa Rica, es el voto, la máxima aspiración y el mejor de los resultados que puede tener "Oro y Barro", de Antidio Cabal.



Hacia una valoración comprensiva de Rafael Estrada Carvajal. Son tres notas:

de Diego Rivera revelaron a Rafael Estrada Carvajal valores artísticos que lo impresionaron y lo entusiasmaron.

1º—En México, los murales De regreso al país en Rep. Am. publicó un poema, dedicado al pintor mexicano en el que predominan las imágenes plásticas con alusión simbólica revolucionaria. En su obra posterior esta tendencia no tuvo desarrollo.

2º—Darío sí influyó en Estrada Carvajal. El lector que se detenga a comparar los motivos de "Huellas" con los motivos de "vida interior" de los más hondos poemas de Rubén, descubrirá la influencia. Más aún: en Darío encontró E. C. el camino —o un camino— para el uso poético de la mitología griega, integrada con originalidad a la sensibilidad de los hombres de nuestra época.

3º—En muchos lugares de los poemas de E. C. hallamos la "poetización" de la vida corriente, de lo que en sí pareciera antipático, o poco poético. Esta nota de originalidad en su poesía, responde —así nos parece— a su visión pan-teísta del mundo y de la vida y no a una consciente tendencia "de literatura terruñera".

Martín Canascosa

San José, C. R.,
Agosto de 1958.

A quien dijere que el tico carece —por atavismo de raza o condición temperamental— de imaginación y sensibilidad artísticas, no habrá más que mandarlo a echar un vistazo a la exposición de Pintura Infantil en los salones del Instituto Costarricense de Cultura Hispánica para dejarle cerrada la boca.

No es la primera vez, por cierto, que sale a la luz de modo tan notable esa intrínseca capacidad expresiva del niño costarricense, nada ajeno a su paisaje, nada ciego a su luz, sino todo lo contrario,

sensible y dotado para admirarlo y sentirlo y, asimismo, capaz de traducirlo con sentido artístico a la vista de todos. Que no es la primera vez, digo, porque hace algún tiempo que Emilia Prieto hiciera, en su pequeña escuela rural de Curriadbat, un ensayo semejante, con tan noble éxito como el de ahora. Nuestro periódico se refirió entonces al suceso —extraordinario, debiéramos decir mejor, puesto que extraordinario es cuanto rebasa los límites de lo cotidiano—; a pesar de lo cual no se consiguió llevar la curiosidad ciudadana a la modesta sala campesina.

Esta exposición de ahora ha movido a mayor número de gente. Quiera Dios que hayan sabido ver... Lo que hay allí, es notable. Las frescas imaginaciones infantiles, puestas con entera libertad a expresar su tierra por medio del color y de la forma, consiguieron no sólo plasmar lo más típico de nuestro suelo con un colorismo de increíble pureza y una absoluta libertad psicológica, sino que además, haciéndolo en la forma más bella y rica que pueda imaginarse. Son todas obras de los pequeños alumnos del Conservatorio de Castilla. La premura con que hubo de ser preparada la exposición, no dio tiempo para hacer participar en el concurso a los escolares de todas las escuelas y colegios de la República. La aportación habría sido entonces colosal y la labor de selección tremenda. Pero ello habría confirmado lo que después del afortunado intento de Emilia Prieto comenzamos a sospechar, que esta segunda ocasión ha revelado de maravilla como una verdad irrefutable y que no es ni más ni menos que la certeza de que hay en el tico, cuando niño, una suma de perceptibilidad, de asimilación y de gracia suficientes a no hacernos desmerecer ante los pueblos que presumen de más sensitivos.

Claro está que el Conservatorio de Castilla, con su amplitud de métodos educativos, ha venido a demostrar una vez más —ahora con la pin-

tura, en forma no menos inconcusa que antes con el canto y la danza— la importancia que en ese espléndido resultado tiene la formación del ser, mediante sistemas que no sólo instruyan sino que, a la vez, "cultiven". De ahí que el mayor triunfo sea de esa institución docente, en este caso, y, por lo tanto, de quienes personalmente le han impreso un rumbo tan singular y un sello tan provechoso.

Pero aún por encima de esta verdad queda otra: la de que ni el admirable Conservatorio conseguiría mayor cosa de sus pupilos, de no haber en fondo de éstos esa chispa fecunda, ese auténtico manantial, desconocido en nuestros niños, que revelara el experimento de Curriadbat.

Vayan a verlo quienes quieran tener una esperanza en nuestro porvenir, que no dependa exclusivamente del café o de las riquezas del subsuelo. Porque allí, en la niñez nuestra, hay un filón tam-

bién, cotizabile incluso..., y en moneda, por cierto, de más alta estimación que la rodante.

Pero cabe también preguntar, ante el contraste que ofrece esa exuberante promesa infantil y la modestia de sus resultados: ¿a dónde va, qué se hace todo ese caudal? ¿Quién, o qué, tiene la culpa de que se pierda? ¿Cuál es el secreto de que no fructifique en una adolescencia —hoy más que ayer— ofrece un triste espectáculo, en el cual hay algo de naufragio, ¿Será, entonces, cosa de educación, de los sistemas educativos más propiamente, o es cosa del frijol y de la yuca, del ambiente y la pequeñez de nuestros medios?

Gentes hay que entienden de sobra de todo esto. ¿Por qué no nos dicen algo? La Exposición de Pintura Infantil revela, por lo menos, la necesidad de que se comience a hablar de todo eso.

F. M. C.

Tome
Orange-Crush
MARCA REGISTRADA
¡Qué Sabor!

INSISTA EN ESTA BOTELLA CARACTERISTICA

CRUSHITO

Orange-Crush
Marca Registrada

En la Librería Lehmann y en la Librería Watson, encontrará usted los números retrasados de BRECHA que necesite.

MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la Agricultura y la Industria

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington"

Equipo de Refrigeración.

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal"

SURTIDO DE REPUESTOS

TALLER DE SERVICIO

CONSULTE NUESTROS PLANES DE FINANCIACION

EDIFICIO INTERNATIONAL

75 VARAS NORTE HOTEL EUROPA

Teléfonos: 5830-5831

Apartado: Letra "A"



PILSEN

SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces.

